

Chispitas Filosóficas

AGRIPINO GONZÁLEZ, T.C.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados

© Agripino González Alcalde, T.C.

ISBN: 978-84-123391-6-1

Maquetación e impresión: Martín Gràfic - València

*Al gran poeta bengalí
Rabindranaz Tagore que en su
poemita el Juez, de la Luna Nueva,
ha sabido recoger las mejores
esencias de la filosofía moral.*

ÍNDICE

Prólogo	11
1. Conócete a ti mismo.....	13
2. La vida en minoridad.....	15
3. Nada en exceso.....	17
4. La vida en fraternidad.....	19
5. La ciudad secular.....	21
6. Vida sin propio de Luis Amigó.....	23
7. Edith Stein.....	25
8. No fies de amor humano.....	27
9. Domina tu lengua.....	29
10. Verdad y posverdad.....	31
11. Ya no podían habitar juntos.....	33
12. Busca la sabiduría.....	35
13. Solos se nace y se muere.....	37
14. Nos falta perspectiva histórica.....	39
15. El Papa de la sonrisa.....	41
16. Elogio del silencio.....	43
17. Movido yo a compasión.....	45
18. Atrapa el presente.....	47
19. Apóstol de la catequesis.....	49
20. Libertad, ley y amor.....	51
21. Aborrece la arrogancia.....	53
22. Benedetta Bianchi Porro.....	55
23. Razón y sentimiento.....	57
24. Constituciones amigonianas de 1889.....	59
25. No os agobiéis.....	61
26. La indiferencia.....	63

27. Dirección y constancia.....	65
28. Inquietud y ansiedad.....	67
29. Gritos desgarradores.....	69
30. Renovarse.....	71
31. Disciplina.....	73
32. Leyes y normas.....	75
33. Luis Amigó y la Navidad.....	77
34. La Trasfiguración.....	79
35. Espíritu franciscano.....	81
36. El queso gruyère.....	83
37. Historia sagrada.....	85
38. Tímidos, temerosos y timoratos.....	87
39. Voluntad de Dios.....	89
40. El fin justifica los medios.....	91
41. Todas ocupadas en oración.....	93
42. Tímido y Preciso.....	95
43. Grandiosa peregrinación.....	97
44. Explicación diversa.....	99
45. De etimologías.....	101
46. En la edad propecta.....	103
47. El simple Francisco de Asís.....	105
48. Cicatrices.....	107
49. Temples de acero.....	109
50. A temperatura ambiente.....	111
51. San Pio de Pietrelcina.....	113
52. Vehículos.....	115
53. Diversidad de gustos.....	117
54. Razones, opiniones, emociones.....	119
55. La mota en el ojo.....	121
56. No es justo.....	123
57. Marca de la casa.....	125
58. Mantenella e no emendalla.....	127
59. El perdón.....	129
60. Desde abajo.....	131

61. Prosopopeya.....	133
62. Antes de juzgar ¡PIENSA!.....	135
63. Para gloria de Dios.....	137
64. La verdad.....	139
65. Acción de gracias.....	141
66. Y tú quién eres.....	143
67. Sinodalidad.....	145
68. Rabindranaz Tagore.....	147
69. Jano Bifronte.....	149
70. Los jubileos.....	151
71. La finalidad.....	153
72. Fidelidad.....	155
73. El juicio.....	157
Epílogo.....	159

PRÓLOGO

Para la introducción a cada uno de los números del *Boletín Informativo de Luis Amigó* me he visto en la necesidad de presentarlos con un breve editorial o prólogo. Y su extensión no debería sobrepasar una paginita del mismo.

Esto me ha llevado a elaborar unos editoriales breves, comprimidos, que he dado en llamar *Chispitas Filosóficas*. No son sino una especie de píldoras o comprimidos que invitan a la reflexión y a la consiguiente lectura del Boletín Amigoniano.

Por esta razón las *Chispitas Filosóficas* están escritas en un estilo conciso, sobrio y directo, denso y comprimido, conceptista, con el que pretendo expresar el máximo con el mínimo de palabras, con sobriedad de imágenes y escasos recursos literarios.

La temática es, obviamente, muy varia. Las *Chispitas Filosóficas* en su mayoría tratan temas de carácter humano, siendo así mismo numerosos los temas de carácter religioso, franciscano y amigoniano. No pudiera ser de otra manera. En ellas no hay cabida para el relato discursivo, la narración histórica o temas novelados. La extensión de estas *Chispitas Filosóficas* no lo permitirían.

Caro lector, con sumo gozo te entrego, pues, este puñadito de *Chispitas Filosóficas* espigadas del archivo personal del autor. Y espero las recibas con la benevolencia con que las ha concebido el escritor y sirvan para tu particular reflexión, que es lo que el autor he pretendido en todo momento.

Fr. Agripino G.

01. CONÓCETE A TI MISMO

Uno de los números anteriores de dicho Boletín Informativo lo abrimos con el editorial “*nunca demasiado*”, o “*nada en exceso*”. Dicha máxima se hallaba colgada en el pronaos del templo heleno de Apolo en Delfos, en Grecia. Hoy nos proponemos hablar de otra máxima que, así mismo, se hallaba colgada sobre el frontispicio de dicho templo griego: el “*conócete a ti mismo*” (*gnōzi sautón*).

A decir verdad, dichas sentencias fueron atribuidas a alguno de los siete sabios de la Grecia clásica. El “*conócete a ti mismo*” se atribuye a Tales de Mileto, mientras que el “*nunca demasiado*” se asigna a Solón de Atenas. En el fondo ambas sentencias gozan de una gran similitud, pues el “*conócete a ti mismo*” es una referencia clara a no aspirar a lo que es propio y exclusivo de los dioses.

Es decir, conócete a ti mismo para calcular tus propias posibilidades; no emprendas obras superiores a tus fuerzas; reconoce los límites de tu propia naturaleza. De otro modo el exceso desmesurado de tu ambición, es decir, *la hybris* del griego clásico, sería castigada por los dioses como la más grave falta que el hombre pudiera cometer. Es lo que aconsejaba el salmista: “No pretendas grandezas que superen tus fuerzas” (*Ps 130*).

Explica el aforismo o máxima un breve poema griego de la época. Dice así:

“¡Oh! hombre. Te advierto quien quiera que fueres. ¡Oh!, tú que deseas sondear los arcanos de la naturaleza que, si no hallas dentro de ti mismo aquello que buscas, tampoco podrás hallarlo fuera. Si tú ignoras las excelencias de tu propia casa, ¿Cómo pretendes encontrar otras excelencias? En ti se halla oculto todo el tesoro de los tesoros. ¡Oh!, hombre. *Conócete a ti mismo* y conocerás al universo y a los dioses”.

De estas máximas se sirvió Sócrates para fundamentar su ciencia de la moral. El sentido que para él tiene este lema está en relación, no sólo con el reconocimiento de nuestros propios límites, de nuestra ignorancia (*sé que no sé nada*), sino también con la afirmación de que la virtud reside en el conocimiento. Si el hombre conociera lo que es el bien, lo haría siempre.

San Agustín completa la excelencia de dichas máximas en su deliciosa plegaria: “*Que te conozca a ti, Señor, y me conozca a mí*”.

02. LA VIDA EN MINORIDAD

Minoridad es, sin duda, el término que mejor define la espiritualidad de la familia franciscana. De hecho, a todo religioso que sigue la senda de Francisco de Asís se le denomina hermano menor. Y su vida, minorítica.

La minoridad posee caracteres comunes con la pobreza y la humildad. Por lo demás existe una pobreza material y otra espiritual. Es decir, hay pobreza de bienes tanto del ser cuanto del tener o poseer.

Vivir en pobreza y en humildad, esto es, en minoridad, es vivir una auténtica fraternidad franciscana. Y la forma de vivir el espíritu de pobreza y de humildad, es decir, llevar una vida minorítica, se manifiesta tanto en el trabajo cuanto en el uso de los bienes materiales, y en el empleo del tiempo y del dinero.

La minoridad tiene, además, connotaciones comunes con el llamado desapropio, que se define como carencia de cosas, de cargos y hasta de la propia voluntad. Es decir, desprendimiento de los bienes materiales y hasta del propio querer y desear, para vivir en la libertad del espíritu.

La minoridad, así mismo, presenta analogía y similitud con la amabilidad, la mansedumbre y

la sencillez. Con llevar una vida amable y sencilla. Una buena norma de vida a seguir pudiera ser el propósito del humorista José Mota: “Compro lo que uso y como lo que necesito. Y no más”. ¡Cuán inmensa se muestra la feria de las vanidades para proponer tantas cosas superfluas e inútiles que adquirimos y de las que no necesitamos!

Para vivir en minoridad bueno sería así mismo seguir el consejo de Pablo a su discípulo Tito: “Exhorta, dice, a llevar una vida sobria, honrada y religiosa” (*Tt. 2, 12*). O también el que se atribuye a Francisco de Sales: “Deseo poco, y lo poco que deseo, lo deseo muy poco”. Incluso tener presente el toque de atención que da Francisco de Asís: “El dinero es el gran destructor de la vida religiosa y fraterna” (*Cf. 2 Cel. 185*).

03. NADA EN EXCESO

Nunca demasiado o nada en exceso, (ménden ágan) estaba colgado en el pronaos del templo griego de Apolo en Delfos. Se trataba de un axioma de la filosofía griega que indicaba lo sumamente conveniente que resulta en la vida el no exagerar, ni por carta de más ni por carta de menos. El texto griego abogaba por una *aurea mediócritas* hasta en el pensamiento, es decir, propendía por un sereno equilibrio en la vida, por una vida tranquila, serena, armónica y sosegada. Defendía el no absolutizar lo insignificante.

Los fariseos echaban en cara a Jesús el que curara en sábado. Y achacaban, además, a sus discípulos que comieran espigas de los sembrados y, para colmo, también en sábado. En los evangelios el Señor ya dio una contundente respuesta a tales interlocutores. “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Que pagáis el diezmo de la menta y del comino, y descuidáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto hay que practicar, pero sin omitir aquello” (*Mt 23, 23*).

Y es que resulta sumamente peligroso, como digo, el absolutizar lo insignificante, el caminar por las lindes del pensamiento, sobre todo olvidando lo principal. Ser hombres de

frontera, extremistas, puede conducir hasta el escrúpulo.

Los escribas y fariseos de los tiempos de Jesús eran hombres de frontera, piadosos en extremo, a más no poder, puntillosos hasta la observancia de las tildes de la Ley. Pagaban religiosamente el diezmo de la ruta y del comino. Ponían el énfasis en el detalle mínimo y, con frecuencia, se olvidaban de lo principal. Esto conviene hacer, pero sin olvidar aquello.

El *nunca demasiado* o *el nada en exceso*, que colgaba en el pronao del templo griego de Apolo en Delfos, creo que es sumamente conveniente en la vida religiosa que, al carecer frecuentemente de grandes problemas, se propende a engrandecer los pequeños. Parece ser que para tener algo de qué hablar o de qué murmurar, cosa natural en ratones.

Es preciso conceder a cada cosa su valor, sí, pero no más del que tenga. Es preciso otorgar a cada detalle el valor que tenga, pero no mayor del que tiene. De otro modo se desequilibra la persona con demasiada frecuencia. El *nunca demasiado* o *nada en exceso* del templo griego de Delfos es una buena norma para ello. A mí, al menos, me ha producido sabrosos resultados.

04. LA VIDA EN FRATERNIDAD

El término fraternidad no lo he encontrado en los escritos del Venerable Luis Amigó, y menos aún en la Biblia. Si bien la idea se halla ampliamente documentada en ambos escritos. En cambio, en las *Fuentes Franciscanas* viene ampliamente descrita como la forma de vida y misión de la fraternidad.

Si la minoridad es el estilo de vida de la familia franciscana, la fraternidad constituye la esencia misma de la vida fraterna.

Se decía en la Regla: “Y sean menores”. Al escuchar estas palabras en aquel preciso momento Francisco exclamó: “quiero que esta fraternidad se llame Orden de Hermanos Menores” (*T. Celano, I^a, 38*). Fraternidad y minoridad, pues, constituyen la esencia y la forma de vida de la familia franciscana. “Ámense los hermanos entre sí como ama una madre a sus hijos” (*1 R 9,11*).

Por otra parte, la fraternidad franciscana abarca bastante más que a la familia humana. Se extiende hasta alcanzar a la entera creación. De tal manera que el *Cántico de las Criaturas*, del hermano Francisco, que es un himno a la creación entera, se inicia con: “Loado seas, mi Señor, por el hermano sol” y concluye con: “Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal” (*Cánt 3. 12*).

En los escritos del Venerable Luis Amigó, no como palabra, pero sí como concepto, hallamos ese su amor por la vida en fraternidad. “Debéis procurar también haya entre vosotros una íntima unión, pues en ella está el secreto de la fuerza. Y para ello que os améis los unos a los otros, como tan insistentemente lo encargaba San Juan a sus discípulos” (*L. Amigó, OC, 1833*).

Y, ante las bellezas de la creación, que Luis Amigó admiraba en las primaveras solsonenses, como San Agustín (hablando con las flores del campo mientras paseaba), siente en la paz y armonía de la creación un reflejo de la fraternidad cósmica y universal (*Cfr. L. Amigó, OC 507*).

05. LA CIUDAD SECULAR

Secularización –según Harvey Cox– significa eliminar los apoyos religiosos y metafísicos y confiar exclusivamente en el hombre. Es decir, liberación del hombre de toda tutela religiosa y metafísica”.

Van Peursen distingue tres épocas en la historia humana: El período del mito, o época tribal; el período ontológico, o época ciudadana; y, finalmente, el período funcional o de la tecnópolis, según predomine la imaginación, la razón o el sentimiento. Para Van Peursen nos hallamos en una época de transición, del período mítico y ontológico, al período funcional de la historia humana. Es decir, al período de la ciudad secular.

Es un hecho en la historia de la humanidad que la figura de Dios va desapareciendo paulatinamente de la historia humana para quedar ésta en manos del hombre tecnócrata en la ciudad secular. La secularización no niega a Dios, simplemente que hoy no es objeto de su pensamiento.

Según va avanzando la historia humana se percibe un paulatino retiro de la presencia de Dios en el quehacer humano. La etapa mitológica se extiende desde los primeros comienzos de la historia de la humanidad hasta bien entrados los primeros siglos de cristianismo. La época on-

tológica, o ciudadana, llega casi hasta nuestros días. Y ya está comenzando el tiempo de la ciudad secular.

Seguramente los hombres estamos todavía muy aferrados a mitos, milagros, intercesiones de fuerzas astrales, etc. etc. Por ello Harvey Cox sostiene que la Iglesia tiene necesidad de la secularización, no del secularismo, que es muy diferente. Aquella es un movimiento histórico, mientras que éste es una ideología. Todavía queda en mentes eclesiales demasiados milagros, presencia de ángeles, de demonios, de horóscopos, de intercesiones de fuerzas exteriores...

El reconocer que se precisa de la secularización no quiere decir, en modo alguno, que se prescindiera de Dios, simplemente que se opaca su figura, si bien Él dirige la historia de la humanidad, como puede pensar todo buen cristiano.

(Cf. Harvey Cox. *La Città Secolare*. Firenze 1968).

06. VIDA SIN PROPIO DE LUIS AMIGÓ

Por la profesión religiosa el hermano menor se compromete a vivir en pobreza. Todavía más, a vivir sin nada propio. Por la profesión franciscana se exige al religioso una renuncia a tener, poseer o disfrutar cosa alguna en propiedad. Es decir, que se compromete por regla a vivir en desapropio de cosas, de casas, de cargos y personas, y hasta de la propia voluntad, pues así lo promete por su profesión.

Los términos de la profesión son así de exigentes: “La regla y vida de los hermanos menores es esta: Guardar el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo viviendo en obediencia, sin nada propio y en castidad” (*R. 1*).

El desapropio de Luis Amigó tuvo diversos momentos en que se concretó en la práctica. Ya en su vida de seglar, y antes de su ingreso en el noviciado de los padres capuchinos de Bayona, Francia, se priva de sus hermanas, de quienes ni siquiera se despide, y hace testamento a su favor, por lo que pudiera suceder.

Un segundo momento de desapropio fue el 1 de abril del año 1901 en que hace efectiva la donación de todos sus bienes a sus hermanos, pues la profesión solemne le incapacita para disfrutar de posesión alguna ya que por el voto solemne no solamente delega el uso, usufructo y

administración de los bienes patrimoniales, sino incluso la posesión de todos ellos.

Finalmente, y aunque en su cargo de obispo no estaba obligado al voto de pobreza, sin embargo, siempre vivió muy pobremente. Y tal es así que al final de sus días, con la llegada de la Segunda República, con fecha 17 de marzo de 1932, escribe al Señor Nuncio de Su Santidad en España, Mons. Federico Tedeschini:

“Yo mismo he de confesar a vuestra Eminencia que no sé cómo atender las necesidades de esta mi casa; pues, como pobre que soy de profesión religiosa, no he pensado nunca en el día de mañana. Así es que supongo habré de vivir a expensas de mi familia, que se me ha ofrecido en todo”.

“A ejemplo del mismo Padre San Francisco, en virtud de la pobreza no quiso que nadie le aventajase” (*Decreto de Venerable*).

07. EDITH STEIN

La vida y pensamiento de Edith Stein, o santa Teresa Benedicta de la Cruz, carmelita, me era ya conocida mucho antes de su beatificación. Y la he admirado siempre por su respeto a las creencias de los demás, por su independencia de criterio, por su vida como buscadora apasionada de la verdad, por su hambre de fe, por su limpio feminismo, por su ciencia de la cruz, por su defensa de la dignidad humana, por ser portadora de esperanza siempre y, sobre todo, por haber sacrificado su vida por su fe cristiana y por su pueblo de Israel. Por todo ello la admiré antes y le profeso devoción ahora.

Pero, sobre todo, se ha acrecentado mi devoción a la Patrona de Europa cuando he conocido su grandeza en sus últimos años de vida.

Edith Stein conocía muy bien la idea del sufrimiento vicario y redentor que forma parte de la más antigua tradición judía. El Siervo de Dios doliente carga, lleva a costas, las culpas del mundo, idea de la reparación vicaria que en la espiritualidad carmelitana juega así mismo también un papel importantísimo.

Edith Stein, en compañía de su hermana Rosa, como las 17 carmelitas mártires de la revolución francesa, se entregan en holocausto por su fe y por la salvación de su pueblo Israel.

Lo había escrito Edith Stein el 9 de mayo de aquel mismo año de 1942 en su testamento pidiendo de nuevo a Dios que aceptara su vida y su muerte como expiación por el pueblo judío y por sus familiares vivos y difuntos.

El día 9 de agosto se consumó su sacrificio, se consumó el holocausto. Los 997 judíos de la expedición murieron en Auschwitz totalmente desnudos, gaseados, y sin que ni siquiera se les permitiera conservar sus propios cabellos. Seguramente que Edith Stein, su hermana Rosa y restantes judíos, mientras el gas cianhídrico inmovilizaba sus miembros, murieron cantando el *Shemá Israel, Adonai, Elohenu*. Escucha, Israel. El Señor es nuestro Dios.

Su muerte, sin duda alguna, constituyó el mayor y más cruel despropio humano jamás impuesto, ni siquiera a los mismos animales.

08. NO FÍES DE AMOR HUMANO

A *nadie debáis nada sino amor*”, escribía Pablo a los Romanos (*Rm. 13. 8*). Y el Señor, a su vez, dijo: *“Este es mi precepto: que os améis unos a otros como yo os he amado”* (*Jn 15.12*).

En el templo de Apolo en Delfos, según Pausanias, estaban colgadas 147 sentencias, respigadas de los siete Sabios de la Grecia e introducidas por el conocido *conócete a ti mismo* en el pronaos. Era lo esencial y prioritario para la educación del joven griego.

Con el pasar del tiempo ha sido frecuente el que los claustros de los monasterios se vieran adornados con preciosos tercerillos, recogiendo las máximas más prioritarias y esenciales para la formación de los monjes en sus conversaciones bajo las arcadas de los claustros.

En el del convento alcantarino de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrent (Valencia), y seguramente obra del padre Antonio de Panes, a quien se atribuye la décima *“Bendita sea tu pureza”*, se hallaban deliciosos tercerillos como este: *“Si quieres en esta vida / vivir con paz y sosiego / hazte sordo, mudo y ciego”*.

De todos modos, del numeroso puñado de tercerillos espigados del claustro del convento alcantarino de Nuestra Señora de Monte Sión,

de Torrent (Valencia), siempre me ha encantado el que da título al presente escrito: *“No fies de amor humano / pues el que más fino es / busca su propio interés”*.

Pues resulta que el hombre, por su naturaleza humana, se ve conducido por dos pulsiones o apetitos: el deseo por mantenerse en vida y, a la vez, el ansia por transmitirla. Naturalmente de ambos apetitos nacidos de una naturaleza humana limitada y caduca, nacen los egoísmos de la persona. Pues la naturaleza misma hace al hombre egoísta.

Por esto, *“no fies de amor humano / pues el que más fino es / busca su propio interés”*. Prueba la veracidad del tercerillo del convento franciscano de Monte Sión, de Torrent la situación de la familia española actual, plagada de situaciones irregulares.

09. DOMINA TU LENGUA

En épocas pretéritas, en que no resultaba nada fácil la transmisión del pensamiento, se recurría a la leyenda, al proverbio, y a preceptos o máximas morales que se transmitían unos a otros por tradición oral. Estos preceptos constituían los principios religiosos que se aprendían de memoria. De Salomón se dice que tenía más de tres mil apólogos o proverbios.

Los griegos los tenían grabados en los templos de sus dioses. Era famoso el oráculo de Delfos dedicado al dios Apolo. Cuenta Pausanias que adornaban el templo de Apolo en Delfos 147 máximas, distribuidas por el frontispicio, el pronaos y los paños del templo.

Entre las máximas, en uno de los paños del templo, se podía leer: *Domina tu lingua (glôttês árje)*, objeto de esta reflexión. Así mismo el pueblo hebreo recogió en tres extensos libros bíblicos, el de la Sabiduría, el de los Proverbios y el Eclesiastés, la sabiduría humana del pueblo en forma de proverbios o sentencias.

Es curioso observar que, tanto el pueblo hebreo como el pueblo griego, manifiestan una especial predilección por la sabiduría, por llevar una vida sobria y moderada y, de modo especial, por la reflexión, la meditación y el silencio,

sabiduría que con el tiempo se recoge en eremitorios y monasterios.

Domina tu lengua. Dice el libro de los Proverbios: “*En el mucho hablar no faltará pecado, el que refrena sus labios es sabio*” (Prov.10, 19). Y, “*el que antes de haber escuchado, responde, es tenido por fatuo para oprobio suyo*” (Pro. 18, 13). Parece que frena la lengua de aquel impulsivo que, apenas abre la puerta de la reunión, pregunta: “*¿De que se trata, que me opongo?*”.

Y es que “*si alguno no peca de palabra, es varón perfecto*” (St. 3. 2), dice el apóstol Santiago. Y Mahatma Gandhi: “*Somos dueños de nuestros silencios y esclavos de nuestras palabras*”. Y Dinouarte: “*Nunca el hombre es tan dueño de sí mismo como en el silencio*”.

Por otra parte, dice el libro del Eclesiástico: “*La palabra del necio no es bien recibida porque la dice a destiempo*” (Ecco. 20, 22). Sentencia que Samuel Johnson redondeó de esta guisa: “*Es preferible callar, y que alguno nos crea tontos, que hablar a destiempo y ya nadie lo dude*”.

Domina tu lengua. Es un proverbio sumamente interesante, pues refuerza la virtud de la prudencia y contribuye a la reflexión personal.

10. VERDAD Y POSVERDAD

El concepto de verdad es un concepto abstracto y de difícil precisión. Se podría definir como conformidad de lo que se dice con lo que se piensa o siente, con el hecho histórico objetivo. En cambio, el término posverdad, palabra tan de moda en la actualidad, el diccionario inglés de Oxford lo describe como “una situación en la cual, a la hora de crear y modelar la opinión pública, los hechos objetivos tienen menos influencia que las apelaciones a las emociones y a las creencias personales”.

En líneas generales podríamos decir que el concepto de verdad se refiere más al raciocinio y al conocimiento intelectual, al hecho objetivo, mientras que la posverdad se refiere más al sentimiento y a las razones del corazón. Las culturas de occidente hacen un mayor hincapié en la razón, mientras que las de índole asiático dan mayor entrada al sentimiento cordial y a la emoción.

La filosofía clásica griega parte de la razón y del raciocinio. Tal vez minusvalora el hecho de los sentimientos que se originan en el corazón. De hecho, repetidamente en la Biblia, que toma la persona unitariamente, habla de pensar con el corazón. “El mundo está desolado, afirma, porque nadie piensa en su corazón” (*Jer 12, 11*). Y

Jesucristo pregunta, en la curación del paralítico: “¿Qué pensáis en vuestros corazones?”. O el anciano Simeón: “Una espada traspasará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones” (*Lc 2, 35*). El mismo Pascal indicaba que el corazón tiene a veces razones que no entiende la razón.

¿Puede haber -nos preguntamos- un hecho más irracional que noventa mil personas se unan en el estadio a presenciar un partido de fútbol? El sentimiento y la pasión les une, que no la razón. ¿Y puede haber un hecho más desconcertante que la razón enseñe que quien gana unas elecciones es quien gobierna y, en cambio, gobiernen quienes las perdieron? Sin duda la posverdad, la verdad del corazón, de los sentimientos y de la pasión han predominado sobre el hecho del raciocinio y de la razón.

Por lo tanto, creo que sería interesante integrar los términos verdad y posverdad, como se integran en una equilibrada unidad humana el pensar y el sentir, la razón y el sentimiento, la mente y el corazón. Aún más, pensar no sólo con la mente y el corazón sino pensar con todo el ser.

11. YA NO PODÍAN HABITAR JUNTOS

Siempre he creído que la riqueza no es el pegamento que une la fraternidad sino, más bien, el elemento que la disgrega y la disuelve.

De Abraham, y su sobrino Lot, afirma el libro del Génesis (*Gn 13, 6*) “que tenían tantos rebaños de ganados y tiendas, que ya no podían habitar juntos en aquella tierra”. Y lo mismo sucede entre Esaú y Jacob, pues afirma el libro del Génesis (*Gen. 36, 7*) “que, por ser tan grandes sus haciendas, ya no podían habitar juntos”.

El hecho me ha llevado a recordar lo que en el alto medievo ocurría en demasiados monasterios. Precisamente en dichos claustros ingresaban muchas damas de alta alcurnia, tuvieran vocación religiosa o no la tuvieran, y sus familias tenían un gran interés en que dichas damas vivieran bien y contentas, por lo que les obsequiaban abundantemente. El hecho produjo el que en dichos monasterios los miembros se dividiesen en clases. Probablemente así nacieron en las órdenes monásticas las dos clases de miembros que hasta realizaban sus rezos en dos coros distintos de la misma capilla o iglesia.

La conclusión fue que en dichos monasterios todos y cada uno de los monjes profesaban pobreza, pero el monasterio cada vez se iba enri-

queciendo más y más. Cada vez era más rico. Por ello la gran reforma del siglo XIII consistió en un intento por retornar, de la pobreza monástica, a la primitiva pobreza evangélica. Y nacieron así las llamadas órdenes mendicantes.

San Francisco (seguramente enseñado por la historia monástica) a un novicio que le pide un salterio para rezar le dice: “Cuando tengas un salterio, anhelarás tener un breviario, y cuando tengas un breviario, te sentarás en un sillón como un gran prelado y dirás a tu hermano: Tráeme mi breviario” (*LP 104; EP 4*).

Es verdad que en todo tiempo los religiosos hacemos voto de pobreza con el mayor deseo de seguir al Maestro pobre y necesitado. Pero, también es verdad que en todo tiempo sufrimos la tentación de una riqueza que dé seguridad. Y, sin embargo, nada hay que una tanto a los miembros de cualquier comunidad como la pobreza.

“Debes tener horror al dinero, principal ruina de la vida religiosa y fraterna” decía Francisco de Asís (*Cf. 2 Cel. 185*).

12. BUSCA LA SABIDURÍA

Una síntesis de la sabiduría griega se hallaba grabada a cincel en el templo griego de Apolo en Delfos, en la Fócida. Pues en el frontispicio, en el pronaos y en los paños del templo se hallaban recogidas, según Pausanias, 147 sentencias espigadas de los siete sabios de Grecia. Y, precisamente en una de las paredes del templo se encontraba la siguiente máxima: “*Busca la sabiduría*” (*sofian dsétei*).

Recogían la sabiduría griega estas célebres máximas, con especial relieve en el *conócete a ti mismo*, colocada en el frontispicio del templo, y *en nunca demasiado o nada en exceso*, del pronaos. La verdadera sabiduría griega propendía por una vida tranquila, sobria y moderada, prudente y discreta. De ahí que su moral también se inclinara por la mesura, la moderación, la sobriedad y la armonía siguiendo en todo momento el *conócete a ti mismo* y el *nunca demasiado*.

Así mismo la sabiduría bíblica seguía estos mismos pasos, pues se lee en el libro del Eclesiástico que: *no es sabio el que no es prudente o el corazón del necio es como un vaso roto, no retiene la sabiduría*. Tanto dicho libro de la sabiduría, como el Eclesiástico y el de los Proverbios, propenden por una sabiduría, si bien basada en

el temor de Dios, *para poder llevar una vida sencilla, sobria y religiosa*, como escribe San Pablo a Tito (*Tít. 2, 12*).

El mismo camino han seguido luego en la Roma clásica. El *Beatus Ille*, de Quinto Horacio Flaco, que elogia así mismo una vida moderada, sencilla, sobria y religiosa, es decir, propone una *aurea mediócritas*, texto que luego recoge Fray Luis de León en su *Oda a la Vida Retirada*: ¡*Qué descansada vida / la del que huye del mundanal ruido...!*, en que hace todo un canto a la vida sencilla y retirada (*Cf. Prov. 30. 8-9*).

Y es que el *conócete a ti mismo* y el *nunca demasiado* proclaman una sabiduría y una moral de moderación, de mesura, de equilibrio. “*No me des, Señor, ni pobreza ni riqueza. Dame aquello de que he menester*”, aconseja el libro de los Proverbios (*Prov. 30, 8*).

Por otra parte, los Libros Santos, es decir, el libro de la Sabiduría, del Eclesiástico y los Proverbios, siguiendo la misma línea sapiencial, se decantan por una sabiduría basada en el temor de Yahvé, que es el principio de la sabiduría (*Cf Prov. 1,7*).

13. SOLOS SE NACE Y SE MUERE

Cuando leí *Requiem por un campesino español*, de Ramón J. Sender, me impresionó la respuesta que da Mosén Millán al monaguillo que le acompaña a dar la *extrema unión* a Paco el del Molino, agonizante.

– “¿Por qué no va nadie a verlo, Mosén Millán?”, le pregunta el monaguillo. A lo que responde el mosén:

– “¿Y qué importa eso, Paco? El que muere, rico o pobre, siempre está solo, aunque vayan los demás a verlo. La vida es así y Dios que la ha hecho sabe por qué”.

¡El que muere, rico o pobre, siempre muere solo, por más que vayan los demás a verlo! ¡Qué gran verdad es!

Reflexionando sobre el nacimiento del Señor, dice al respecto Su Santidad Benedicto XVI: “Vino a los suyos y los suyos no le recibieron. Y el que fue crucificado fuera de las puertas de la ciudad, también nació fuera de las puertas de la ciudad”.

Y es que el nacer y el morir son actos personales, intransferibles y, además, ineludibles. Se nace y muere solos, por más que las demás estén presentes al acto. Da la impresión de que con ello el Señor pretenda inculcar la universalidad de tales actos a quienes somos extranjeros y

peregrinos hacia otra patria definitiva y mejor. Y el Señor que así lo ha hecho, diría Mosén Millán, sabe el por qué.

También es Su Santidad Benedicto XVI quien explica la razón del hecho acentuando el texto evangélico “porque para ellos no había puesto en el mesón”. El texto me ha hecho recordar el caso de Abraham y su sobrino Lot pues, dadas sus posesiones, “ya no podían habitar juntos en aquella tierra” (*Gen. 13, 6*).

Y es que tanto para nacer como para morir se precisan más bien pocas cosas. “Ligeros de equipaje”, que decía don Antonio Machado. O “necesito poco, y, lo poco que necesito, lo necesito muy poco”, que Dominique Lapierre toma de Francisco de Sales. Para morir sólo se precisa que el interfecto esté presente. Y es que, al fin y al cabo, siempre se nace y se muere solos, como extranjeros en tierra extraña.

14. FALTA PERSPECTIVA HISTÓRICA

Me contaba un buen amigo mío, juez y canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Valencia que, cuando los canónigos celebraban el oficio o la misa en la capilla del Santo Cáliz, apenas el lector concluía la lectura con: *palabra de Dios*, otro de ellos se levantaba y le corregía diciendo: *palabra de hombre*.

Seguramente que ambos canónigos tenían razón desde su punto de vista, pues ciertamente por ser palabra de Dios no deja asimismo de ser palabra humana, por no decir que todo es palabra de Dios, pues todo es gracia suya.

Lo bien cierto es que demasiadas veces tratamos de explicar la palabra divina sin tener demasiado en cuenta la perspectiva histórica en que fue escrita, así como tampoco el autor de la misma y sus intenciones pedagógicas. Pues creo que es de elemental prudencia tener presente que los textos bíblicos en casi su totalidad se escribieron hace ya veinte siglos. Y que no es admisible juzgar con criterios de hoy lo que se escribió hace tanto tiempo. En la antigüedad los dioses convivían con los hombres como la cosa más normal. En las antiguas civilizaciones todavía en ciernes predominaba la fe sobre la razón por razones obvias. Dios era el señor, el rey, el juez y hasta el comandante en jefe de las tropas.

Se encuentran en la Biblia extensos diálogos con Dios, recogidos literalmente. Y hasta se hallan sabrosísimos diálogos habidos tan solo en el solo pensamiento, incluso en sueños. Me hubiera gustado saber qué notario los tomó al pie de la letra. De todas las maneras aquellos eran tiempos en que abundaba el proverbio, la sentencia, las fábulas y leyendas. Predominaba la imaginación sobre la razón.

Por lo demás es un hecho constatado que, conforme avanzan las civilizaciones, se va imponiendo cada día más la razón lógica sobre la imaginación y el sentimiento. Por lo que hoy se ha de razonar no solamente con la razón y el sentimiento, sino con todo el ser. Pero, sobre todo, al tratar de comprender el escrito bíblico, no se puede olvidar la perspectiva histórica del hecho, el autor del escrito y sus intenciones didácticas.

15. EL PAPA DE LA SONRISA

He de confesar que siempre he profesado una especial admiración por Juan Pablo I, el Papa de la sonrisa. Yo preferiría llamarlo el Papa de la delicadeza y de la ternura. O, más bien, el Papa de la humildad. Su paso por la vida fue un ramito de frescas violetas. Representó una verdadera bocanada de aire nuevo en la Iglesia. La verdad, a mí siempre me ha atraído, de una manera especial, su figura frágil, amable y sencilla, pero dotado de una especial ternura y de una sensibilidad limpia y transparente.

Nace en el pueblecillo de Canale d'Agordo, entre dos torrentes de montaña, a la sombra de los picos de las Dolomitas, en el corazón mismo de los Alpes vénetos. Es, pues, una persona acostumbrada a la soledad de la montaña, al sufrimiento de las cumbres, a la umbría de sus valles, a la transparencia de sus torrentes.

Durante la guerra europea del 1914 la familia Luciani pasa hambre. Sus dos hermanas sordomudas, Amalia y Pía, tienen que salir a pedir limosna. Y también Albino Luciani. Pero, quien a los apenas diez años puede leer *Cuore*, de Edmundo de Amicis, puede ya gozar de por vida de una ternura infinita. No puede ser malo. Albino Luciani llegará a Papa. Será Papa.

Ordenado de sacerdote, fue obispo luego de Vittorio Véneto, Patriarca de Venecia y, finalmente, Papa. Su pontificado tan sólo durará 33 días.

Lo esencial de la vida del Papa Lucini lo recoge la única palabra grabada en el escudo episcopal de su propio corazón, *humílitas*. Su carisma fue servir al Señor con alegría. Su lectura preferida, la *Hitoria de un alma*, de Teresa de Lisieux. Su espiritualidad, la franciscana.

Para mí Juan Pablo I, el Papa de la sonrisa, ha sido mi maestro en la ternura, en la limpieza de la palabra y en la viveza de sus leyendas y consejas. Las he leído y releído muchas veces. Todas ellas son bellísimas. Pero especialmente ha sido mi maestro por el candor de su vida, por la viveza de sus catequesis y, sobre todo y por encima de todo, por sus leyendas y consejas de su buen libro *Ilustrísimos señores*.

16. ELOGIO DEL SILENCIO

Al finalizar una tarde de tiente de ganado bravío, y recostados a la sombra de un alcornoque, cuentan que dijo a Manolete su mozo de estoques: “¡Qué bien se está callado!” A lo que repuso el Maestro: “Mejor se está sin decir ná”. Seguramente es este el mayor elogio jamás brindado al silencio.

El *Libro de los Proverbios*, por su parte, asegura que “el hombre prudente oculta su saber; corazón necio pregona su ignorancia” (*Prov. 12,23*). Proverbio que Samuel Jonhson traduce así: “Es preferible estar callado y parecer tonto, que abrir la boca y despejar la duda”.

Grandes pensadores han hecho el elogio del silencio, como es el caso de Gandhi quien escribió: “Somos dueños de nuestro silencio y esclavos de nuestras palabras”. Pensamiento que encontramos ya con anterioridad en el *Libro de los Proverbios*: “Guarda su vida el que vigila sus palabras, busca su ruina quien habla sin sentido” (*Prov. 13, 3*).

Proverbio que Dinouart plasma en el siguiente pensamiento: “Nunca el hombre es tan dueño de sí mismo como cuando está en silencio”. Por lo demás quien más piensa más calla, ya que su espíritu se siente feliz en el corazón del silencio. Pues un silencio amable genera una calma tran-

quila y serena. Gema Cuervo aconsejaba: “Siempre es mejor decir una palabra de menos y dar un paso atrás”.

Los monjes han sido más bien parcos en elogios sobre el silencio. Más bien han considerado el silencio un medio para la oración, la meditación y la reflexión. Pues el silencio obliga a estar con uno mismo mientras “la locuacidad suele ser el trono de una vanidosa avidez de notoriedad”, según Juan Clímaco.

El silencio es, pues, un medio para conseguir la paz y tranquilidad interior, frente al ruidoso ajetreo que invade la vida moderna, según Anselm Grün. El silencio es un medio para poner orden en las comunicaciones, músicas, imágenes, ruidos de que tan atiborrada se halla la vida moderna.

17. MOVIDO YO A COMPASIÓN

Las grandes empresas se gestan primeramente en el corazón, que no en la mente. Primero se las ama y se las idealiza, y luego se las realiza siguiendo el dictado de la razón. El pensamiento cordial precede normalmente al pensamiento racional. *El mundo está desolado porque nadie piensa en su corazón (Jr 12, 11).*

En todo caso, el salmo 103 dice que “el Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira, rico en piedad y clemente”. La etimología latina de *compasión* responde a la griega de *simpatía*, es decir, el que es compasivo y misericordioso, entrañable y fiel.

En este sentido se manifiesta el amor del Señor en los evangelios. En la vuelta a casa del hijo pródigo al padre se le *conmovieron las entrañas*. En la multiplicación de los panes y los peces, *el Señor tuvo compasión*. En el ciego de Jericó, *Jesús se conmovió*. En el caso de la curación del leproso *Jesús se enterneció*. O, viendo que el pueblo andaba como ovejas sin pastor, *Jesús se compadece*, por no citar más textos evangélicos.

En el caso de la peste que asoló el pueblo de Massamagrell, Luis Amigó, viendo que eran muchos los huérfanos, *movido yo a compasión*, dice, realiza la fundación del *Asilo de Niñas Huérfanas*. Y con la hermana Ángela de Pego quien,

“llena ella de caridad, se ofreció a ello muy gustosa”, y el apoyo de las órdenes terceras, logra levantar el Asilo de Masamagrell en la llamada Casa del Castillo. (*L. Amigó, OC (86)*).

Posteriormente, Fr. Luis de Massamagrell, lleno de celo, y movido con la misma intención compasiva y misericordiosa, efectúa la fundación de sus dos congregaciones religiosas. Luego será la razón la que le llevará por los caminos oportunos para realizarlas. La idea nace inicialmente en su corazón. La razón le conducirá a su realización práctica.

Son numerosos los textos, bíblicos que invitan a pensar con el corazón, a sentir antes que a razonar. Y en los comienzos de la vida apostólica Jesús, persona acogedora, compasiva y misericordiosa, *comenzó a hacer y luego a predicar* (*Hech 1*).

18. ATRAPA EL PRESENTE

Vive el hoy y ahora, atrapa el momento presente (*Xrónou feidou*), es una de las máximas colgadas en el pronaos del templo griego de Apolo en Delfos. Se trata de la misma máxima que recoge ya la Biblia, los libros sapienciales, y luego, la carta de Pablo a los Efesios: *Aprovecha bien el tiempo* (cf. Ef. 5, 16): es decir, *aferra el instante presente*.

“Sé constante en tu oficio y vive en él y envejece en tu profesión. Confía en el Señor y persevera en tu trabajo”, aconseja el Eclesiástico (*Ecco. 11, 21-22*), pues lo que no se hace en un momento, no se hace en una eternidad. El instante pasa y no vuelve ya. Tan sólo somos dueños del momento presente, pues lo pasado es historia y lo por venir tan sólo deseo, expectativa o esperanza.

Por su parte, y de diversos modos, aconseja el libro del Eclesiástico: Ten buen humor, hijo, en tus años mozos. Atrapa el momento presente y sé feliz. No estés siempre suspirando por el mañana. No, mañana no. Hoy y ahora. Si no cosechas en la juventud, ¿cómo lo harás en la vejez? Si ahora no eres feliz, te faltará tiempo para conseguirlo luego (*Cfr Ecco. 14 y 25*).

Un relator de tesis, en el momento en el que me ofrecí para elaborarla *Sobre la vida y virtu-*

des de Luis Amigó, me dijo: “Tengo otras dos delante. Cuando las concluya me dedicaré a la de Amigó. Yo, como Napoleón, un enemigo cada vez”. Creo que su forma de proceder es el mejor testimonio de eficacia. Es, con toda seguridad, la mejor fórmula para concentrar todo el esfuerzo sobre el momento presente.

Más vale realizar poco y con constancia, que mucho en dispersión y a salto de mata. El concentrar la atención gana en precisión y claridad. Mientras que con la atención dispersa nada bueno se concluye a más de hacer el trabajo interminable. Por lo que es aconsejable tener un proyecto de vida y no desaprovechar un solo momento de la misma (Gregorio Robles).

Perder el tiempo, pues, siempre es una gran pérdida. Por esto, como aconseja también el sabio, “Apresa en todo momento cada menuda circunstancia y exprímela para extraerle las esencias de lo eterno que en su entraña encierra”.

19. APÓSTOL DE LA CATEQUESIS

La palabra *catequesis* deriva del griego e inicialmente el vocablo significó: Instrucción de viva voz. Pasado el término al latín, y de ahí a las lenguas romances, vino a significar: Instrucción sobre religión.

La vida de Luis Amigó se puede resumir realizada bajo el signo del apostolado de la catequesis. fray Serafín M^a de Ayelo de Malferit declara: “Yo sé que la primera idea del Siervo de Dios era fundar una congregación de religiosos que se dedicara a la enseñanza del catecismo a los enfermos y a los encarcelados”.

Y es que Luis Amigó, siendo ya estudiante en el Seminario Conciliar de Valencia, y perteneciente a la Escuela de Cristo, visitaba el hospital y la cárcel y preparaba la catequesis para los jóvenes para la misa del domingo.

Así mismo, en los comienzos de su apostolado sacerdotal, visita la cárcel del Dueso, en Cantabria, y forma grupos de jóvenes con esta misma intención. Por otra parte, funda la Congregación de Hermanas Terciarias Capuchinas, uno de cuyos fines es el ir a misiones, es decir, el apostolado de la catequesis. A los pocos años de fundadas sus religiosas parten a catequizar a los indios de la Guajira colombiana, del Orinoco y Caroní, en Venezuela, o

del Kansu Oriental, la región más pobre de la China.

Ya obispo dedica así mismo gran parte de su tiempo a catequesis, misiones populares y visitas pastorales, siguiendo las directrices de Pío X, quien escribió: “La obra del Catecismo es la más excelente a que podemos dedicarnos: mejor que predicar y confesar y dar misiones, enseñar en el Seminario y otros ministerios” (*Pío X*). Y publica su célebre catecismo.

Haciéndose eco de las enseñanzas vaticanas, él mismo escribe: “Entre todos los géneros de predicación el más excelente, el más importante y el más necesario es, sin duda alguna, la Catequesis o enseñanza del Catecismo” (*L. Amigó, OC. 2222*).

Por lo demás, la catequesis siempre fue el modo de formación de las órdenes terceras, el medio de evangelización para las misiones de implantación inicial y el método para la reeducación del joven extraviado. Tres amplios campos de actividad pastoral de Luis Amigó y de sus religiosos.

20. LIBERTAD, LEY Y AMOR

La libertad no es virtud moral alguna, y mucho menos teologal, por más que hoy esté en boca de todos. La libertad es una mera posibilidad mediante la cual podemos realizar las acciones en el tiempo y en el espacio. Es una opción *sine qua non* para que el ser humano pueda ser responsable de sus acciones. Y a éstas las hará buenas o malas la intención del operante.

La ley, en cambio, es buena siempre que sea una organización de la razón para el bien común dada por quien ostenta la autoridad. ¿La ley es pecado?, se pregunta Pablo el apóstol. Y se responde: “No. Pero yo no conocería el pecado sino por la Ley (*Rm 7, 7*), pues donde no hay ley no puede haber transgresión (*Rm 4, 15*). La ley es santa y el precepto santo, justo y bueno”. La ley hace referencia a la virtud moral de la justicia. Pero al cristiano se le exige dar un paso más, es decir, pasar de las virtudes morales o humanas, a las virtudes teologales, y de modo especial a la caridad, que es la que da forma a las demás virtudes.

Por consiguiente, como aconseja el Apóstol: “La verdadera libertad cristiana es haceros esclavos unos de otros por amor” (*Gal 5, 13-18*). Y en otra ocasión escribirá a los Romanos: “A nadie

le debáis nada sino amor (*Rm 13, 8*), pues el amor es el cumplimiento de la ley” (*Rm 4, 5*).

El salmo 119 canta las excelencias de la ley. Pero desde la ley, y en el ejercicio de la propia libertad personal, es preciso pasar al amor, que es el cumplimiento de toda la ley. “Al presente, también lo dice San Pablo, permanecen estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad, pero la más excelente de ellas es la caridad” (*1 Co 13, 13*).

No nos detengamos, pues hermanos, a mitad del camino, Es preciso amar, pues será la única virtud que permanezca en la Jerusalén celeste.

21. ABORRECE LA ARROGANCIA

En la falda del Monte Parnaso, en Grecia, se encontraba el Oráculo de Delfos, en el templo de Apolo, con todas las consiguientes instalaciones en los alrededores para la celebración de los Juegos Píticos. Se celebraban cada cuatro años en el mes de octubre. Eran juegos panhelénicos como los olímpicos.

Las instalaciones contaban con estadios para los juegos, su anfiteatro para manifestaciones teatrales, su odeón para la música, y su Sibila Déléfica, para responder e interpretar cuantos enigmas proponían los asistentes al dios Apolo. ¡Ah! El dios respondía los oráculos durante todo el año, por boca de la pitonisa y, durante su mes de vacaciones, lo hacía el dios Dionisos.

El templo de Apolo tenía en el frontispicio, pronaos y paños de las naves infinidad de máximas tomadas de los siete sabios de Grecia. Decía una de ellas: *Aborrece la arrogancia (ybrins mísei)*, a la que venía a completar la siguiente: *No seas dominado por la arrogancia.*

Era ésta una forma de adoctrinar, especialmente a la juventud helena, tan recurrente en Corinto y en Delfos con ocasión de los juegos ístmicos y píticos. Esta forma sentenciosa de exponer los pensamientos a la juventud se encuentra asimismo en diversos libros del Antiguo

Testamento, como en el Libro de los Proverbios, de La Sabiduría, del Eclesiástico y del Eclesiastés. “La arrogancia es odiosa a Dios y a los hombres” (*Ecco. 10, 7*).

El mismo pensamiento lo vino a recoger San Pablo, especialmente en la primera carta dirigida precisamente a los corintios, evangelizados por Pablo y Apolo. Pregunta el Apóstol: “¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?”. Pensamiento que corrobora el Señor en San Lucas: “Todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (*Lc. 18, 14*).

Por lo demás la arrogancia, la soberbia, el orgullo, la vanidad, la jactancia y la altivez nunca tuvieron buena prensa entre los humanos pues, para el hombre de fe, todo es gracia, como dice el Apóstol.

22. BENEDETTA BIENCHI PORRO

El rostro de la esperanza es un libro delicioso. Se trata de la biografía espiritual que sus mismos compañeros de universidad le han preparado a Benedetta Bianchi Porro. Se basa en sus cartas y coloquios. Es una biografía sencilla y atrayente. Cautiva ya desde sus primeras páginas. Se trata de un librito esperanzado, transparente y luminoso. Es el transcurrir de una vida en miedo del sufrimiento y del dolor, pero iluminada por el gozo y la esperanza cristiana. Es la explicación más certera que yo conozco del sufrimiento y del dolor humano.

Benedetta Bianchi Porro nace en 1936 en Dovádola, pueblecito del Valle del Montone. En la Emilia Romana italiana. Estudia medicina en Milán y, el último año de la carrera, se le despierta una rara enfermedad que ella misma se diagnostica. Se trata de una neurofibromatosis difusa que, en medio de fuertes dolores, le va destruyendo los centros nerviosos. Así da comienzo su camino del Calvario.

Sufre intervenciones quirúrgicas sin cuento y sin resultado positivo alguno. Queda paralizada del lado derecho y va perdiendo lentamente todos los sentidos. En esta situación todavía escribe una carta: "Pienso qué cosa tan maravillosa es la vida. La vida, en sí y por sí, me parece un milagro".

En esta situación dice una amiga suya: “Parecía haberla invadido una gran paz, como si se sintiese completamente libre del miedo y de la angustia. Parecía que la ceguera fuese para ella un estado de gracia, un camino hacia la luz y la alegría”. Decía Benedetta que existía el sol, aunque no lo podía ver, y que el sol era toda su vida y toda su ilusión.

La víspera de su muerte le dice a su madre: “Mamma, te ruego que te arrodilles junto a mi cama para dar gracias a Dios por todo cuanto me ha dado”. “¡Oh, no, no, no! Yo no tengo tanta generosidad”, le responde la madre.

El 23 de enero de 1964 un aguzanieves o nevattilla revolotea en el alféizar de su ventana y se posa sobre un rosal del jardín. Y el rosal florece en una rosa blanca cubierta de escarcha. Es la señal, dice Benedetta a la madre, de mi partida. Y concluye: “Gracias, Mamma, gracias”. Y su espíritu vuela a un cielo de azules puros y de ángeles benditos.

Benedetta es ofrenda lírica, es oblación, es sacrificio y es amor. Benedetta es *El rostro de la esperanza*, pero, sobre todo, es alegría contagiosa, es gozo y paz en el espíritu. Y la explicación más convincente y más hermosa del misterio de la cruz y del dolor humano como sufrimiento solidario.

23. RAZÓN Y SENTIMIENTO

Dice la Sagrada Escritura: “El mundo está desolado porque nadie reflexiona en su corazón” (*Jer. 12, 11*). Y el franciscano, Francisco Antonio Fasani, sostiene: que “hoy todo el alimento es para la inteligencia y nada para la voluntad”.

Ambas afirmaciones me han llevado a reflexionar sobre la formación integral de la persona humana. La formación humana se suele entender como cincelar, esculpir, es decir, formar la persona humana en profundidad. La formación va dirigida especialmente a la inteligencia, exige grandes dosis de formación de la voluntad y de una esmerada atención al sentimiento. La formación va dirigida preferentemente a la razón y a la voluntad. La erudición, en cambio, presta mayor atención al corazón, al sentimiento, a la emoción, a la sensibilidad y al afecto. En el raciocinio priva la parte intelectual; del corazón, en cambio, brota la afectividad.

Contemplando la realidad de hoy día, tengo la impresión de que cada vez va ganando terreno el cultivo de la sensibilidad sobre la formación de la razón. Hoy el mundo vive preferentemente de las noticias, de las imágenes, de las rápidas comunicaciones, del ruido. Todo se reduce a un dialogo vivo, expresivo, en reuniones de socie-

dad, a hablar, hablar, hablar..., ya que el estar en silencio aterra. Seguramente que es más costoso reflexionar dentro del propio corazón que ilustrarse; seguramente que es mucho más costoso, y menos brillante, formar la propia voluntad que avivar el sentimiento de noticias ilustradas con gratos sonidos y bellas imágenes.

Hoy se vive aturcidos por la comunicación, por la imagen, por el sonido, en una palabra, por despertar la sensibilidad. Tanto es así que, a la búsqueda de la verdad mediante la razón y la reflexión, va sustituyendo la llamada postverdad, creada mediante la suma y reunión de innumerables sensibilidades. Hoy, sobre el raciocinio, prevalece la sensibilidad y el sentimiento. Se ignora, lo que ya aseguraba el gran Ortega y Gasset, que *“la masa no la hace el número, sino las exigencias”*.

La formación hace referencia mayormente a lo substancial. La erudición y el sentimiento, a lo accidental, a lo periférico, a dar lustre a la imagen. ¡Qué razón tenía el clásico: “el mundo está asolado porque nadie reflexiona en su corazón!”

24. CONSTITUCIONES AMIGONIANAS DE 1889

Siempre me ha llamado poderosamente la atención el texto de las Constituciones de 1889 en que fray Luis de Massamagrell deja escrito a sus hijos amigonianos para la admisión de postulantes: “Elijan antes que haya pocos y buenos religiosos que *muchos e insuficientes*” (L. Amigó, OC 2374).

Luego de muchos años creo que he llegado a comprender el sentido de *muchos e insuficientes*, pues parece ser que eran años de tal abundancia vocacional que los candidatos eran muchos para el refectorio y escasos para el coro.

Hay que tener presente que en el siglo XVIII estaba en ebullición la independencia de las naciones americanas. Por lo que era preciso aportar gente para la mili y para atender a las Américas. Esto suponía años de mili y el riesgo de varios más lejos de España, lo que suponía el gasto de la flor de la vida, tan corta en aquellas calendas.

La circunstancia hacía que demasiados jóvenes ingresasen en los conventos. Además, era demasiado el número de religiosos jóvenes que vivían de la limosna, sin trabajar. Estas fueron las causas objetivas que llevaron a las leyes de exclaustación de 1835-1837.

De hecho, y como muestra de lo dicho, es el caso de la provincia capuchina de Valencia, paradigma de tantas otras órdenes religiosas. En 1745 es nombrado Visitador de la Provincia el padre Pablo de Colindres. En aquellas fechas la provincia rondaba los 650 religiosos repartidos en trece conventos. Pues bien, dicho Visitador, les dejó reducidos a menos de la mitad.

El padre Colindres calculó el número de religiosos que cada convento pudiera sustentar de limosnas y distribuyó los religiosos. La provincia contaba con 120 religiosos legos y los dejó reducidos a trece, uno por cada convento. El número de novicios no podía pasar de ocho. En caso de que se aceptase un número mayor, sería severamente castigado quien los admitió.

En fin, que no por mayor abundancia fue mejor año. Y que, al menos en aquel tiempo, era preferible elegir antes que hubiera *pocos y buenos religiosos, que no muchos e insuficientes.*

25. NO OS AGOBIÉIS

Hace algunos días andaba yo ocupado – que no preocupado– por hallar tema para la presente chispita filosófica cuando, hete aquí que abro la Biblia y leo en el evangelio de san Mateo: *No andéis agobiados...* Y en el mismo texto hasta por siete veces lo repite el evangelista para concluir: *“Por lo tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio”* (Mt 6, 24-34).

Ateniéndonos a la etimología de la palabra *agobio* veo que proviene del latín *a-gobba*, es decir, giba, joroba o chepa, cuya *a* remarca unas dimensiones más de lo normal. Y caigo en la cuenta de que de la misma raíz provienen los verbos *gibar* y *jorobar*, por lo que más de una vez he oído decir: *Mira, no me gibas o no me jorobes.*

Sinónimo de *agobiar* pudiera ser el verbo *preocupar*, cuya etimología de *preocupar* indica también a las claras que no es conveniente vivir plenamente ocupados y, menos todavía, preocupados por el mañana. Sinónimo de los anteriores vocablos es así mismo el verbo *angustiar*. Es decir, *no te apures, no te preocupes, no te angusties, no te encojas, no te deprimas* bajo el peso de la cruz que te ha tocado llevar en la vida.

El Señor, por san Mateo, aconseja no vivir constantemente agobiados por el mañana. No vivir encorvados, como apesadumbrados, con la cabeza baja o gacha, como quienes no tienen esperanza, agobiados por el peso del posible mañana, pues cada día traerá su propio agobio, su propio apuro.

Y es que a menudo nos suele suceder que, temores infundados de un futuro próximo, no nos permiten vivir el día de hoy presente con una cierta paz y tranquilidad. Por lo tanto ¡qué sabio el consejo bíblico!: *No os agobiéis por el mañana, pues cada día trae su propio agobio.*

26. LA INDIFERENCIA

Se suele definir la indiferencia como esa actitud del que no siente inclinación ni rechazo respecto de una persona o cosa. Se concreta como abulia, desinterés o desdén. Y da la impresión de que es una actitud propia de satisfechos, desarrollados, de quienes no necesitan de nada ni de nadie. Es el clima propio asentado en el desarrollo.

Se define moda comúnmente como un uso o costumbre en boga. Existen modas, no sólo en el campo de los hechos, del comer o del vestir, sino, incluso, en el campo del pensamiento y del sentimiento. Hay, y ha habido, modas en el campo de la filosofía e incluso en el de la teología.

Hace años se puso de moda el hablar de ateísmo. Contra Harnack se ha escrito la intemerata. Posteriormente, hacia los años setenta del pasado siglo y antes, se puso de moda el hablar de una teología sin Dios. Tanto es así que Paul van Buren escribe obras teológicas en las que no se encuentra, ni por error, la palabra Dios.

Esta moda de pensar fue derivando hacia una teología en la ciudad secular, en la que la palabra Dios ya no interesa. No es ignorancia, es indiferencia hacia Dios y hacia la religión. Y, desde luego, si no interesa ya la religión, se oscurece la fe y la moral y la trascendencia carece de sentido.

El progreso, en todo orden de cosas, frecuentemente lleva a la autosuficiencia, a la independencia en todo, a bastarse uno por sí mismo, al egoísmo, a la incomunicación personal y a la soledad. El hombre autosuficiente se encierra en su concha, es decir, en su egoísmo, herméticamente cerrado, como almeja muerta.

Hoy en día fabricamos demasiados muros, físicos, intelectuales y morales. Y todo muro siempre aísla. Todo muro encierra una clausura. Es una clausura. Somos islas en el archipiélago de un mundo globalizado.

He oído decir que nuestro gran literato Alvaro de la Iglesia, escribe en su testamento literario, que en el cielo no hay almejas, es decir, que allí no caben ni egoísmos, ni por supuesto egoístas.

27. DIRECCIÓN Y CONSTANCIA

Se ha escrito que la vida actual no invita a pensar, que se impone la superficialidad a la profundidad. No obstante, yo creo que todavía es superior en la vida actual la falta de dirección y la falta de tenacidad y constancia.

La vida siempre puja hacia arriba y en la misma dirección y es tutelada por la tenacidad y la constancia, que esta es la ley de la vida, es decir, la ley del progreso. La vida es unidireccional, no circular.

Es impresionante observar el despertar de la naturaleza en el comienzo de la primavera. Es admirable el despertar de la vid y de la higuera. Se despiertan con el primer sol primaveral y con suma tenacidad y dirección en octubre presenta sus ubérrimos frutos ya en sazón.

Es la ley de la vida. Es la ley del progreso. Es la ley del esfuerzo continuo. Es voluntad y es dirección. ¡Qué tenacidad, qué constancia, que persistencia!, siempre en la misma dirección, siempre adelante, siempre recto, siempre caminando en la consecución de un fin y de un objetivo prefijado.

Sin embargo, frecuentemente nos distraemos picoteando en todo, sin dedicarnos a algo costoso y persistente. Corremos el riesgo de estar siempre empezando. Somos un eterno gerundio.

Y no pasamos de golpear la cáscara. Somos *un vuelta a empezar*. Siempre caminando y siempre sin otear el fin y, por supuesto, sin alcanzar final alguno.

La ley primitiva del *creced y multiplicaos* (Gn 1, 28), o ley de la vida o ley del desarrollo sostenido, exige tener claros los fines, sí, pero, sobre todo, tener fija la dirección, tenacidad y constancia para llevar los proyectos iniciados hasta el final.

28. INQUIETUD Y ANSIEDAD

En mi juventud cayó en mis manos un bello poemita intitulado, según creo, *el Gordo y el Flaco*, y cuyo verso final concluía con este precioso mensaje: “No engorda lo que se come, sino lo que se digiere”.

El verso clave me ha hecho recordar la inquietud y ansiedad con la que, hoy en día, vivimos y nos desvivimos por almacenar noticias, imágenes, músicas. Día y noche estamos, bien en perpetua conversación o bien pegados a la radio, al televisor o al móvil, sin detenernos a analizar la veracidad de las noticias que recibimos. Y menos aún, si tal información nos puede servir para algo más que para perder el tiempo.

Si no estamos hablando, siempre con el móvil en la oreja, nos estamos comunicando. En casos extremos da la impresión de que hemos de estar siempre conectados. Parece ser que, si no estamos hablando sin interrupción, de una u otra forma, no somos personas. Tal vez fuera bueno recordar lo que dice Pablo a los romanos: “No interesa saber más, sino lo que interesa, y esto con sobriedad” (*Rm. 12, 3*).

Pero lo malo es que llegan a nuestros oídos tal cúmulo de noticias y de comunicaciones que nos vemos incapaces de analizarlas, clasificarlas y aún de prestarles la menor atención. Es

decir, de asimilarlas. Y vivimos en una perenne e infinita inquietud y ansiedad sin recordar que no engorda lo que se come, sino lo que se digiere.

Vivimos inquietos, de tal manera que en muchos casos se habla ya de adicción al móvil, a la tableta o al ordenador. Vivimos demasiado estresados, nerviosos. El ruido, el estrés, la inquietud, la ansiedad y la desazón constituyen el enemigo silencioso de nuestra propia felicidad. Recordemos que vivimos para ser felices; no tanto para estar informados.

Recordemos que no engorda lo que se come, sino lo que se digiere.

29. GRITOS DESGARRADORES

Las Madres Carmelitas Descalzas han levantado un bello monasterio sobre una loma, en Serra (Valencia). Inaugurado hace veinte años, en su día adornaron la plaza del monasterio con algunos árboles y plantas decorativos: Dos ficus, unas tuyas y un abeto, que disponen de la necesaria agua a goteo.

Pero, hete aquí, no sé por qué razón, que no ven el agua, sino tan sólo el tubito que se lo debiera suministrar a goteo, razón por la cual dichas plantas gozan hoy poco más o menos el mismo desarrollo de menor que el día en que fueron plantadas en la plazuela del monasterio.

En cierta ocasión, y contemplando a los ficus tan sedientos, con sus hojitas hacía arriba, le digo a la Madre Abadesa: “Esos ficus, con gritos desgarradores, inenarrables, están implorando agua del cielo”.

El hecho es real, como también real es el hecho de que nosotros, religiosos amigonianos, disponemos de dos maravillosas obras para regar nuestra vida: Son nuestra Regla y Constituciones.

Son dos maravillosas fuentes, que han supuesto años para su elaboración; recogen la esencia de la vida religiosa amigoniana. Pero me temo que nos falta abrir la llave, digo, el libro

para que nos suministre el agua y los nitratos necesarios para la vida religiosa.

Disponemos de lo necesario para avivar nuestra vida religiosa, y hemos llevado el agua hasta el pie de obra; bastaría abrir la llave. Pero, ay, con demasiada frecuencia perdemos el tiempo en lecturas livianas sin aprovechar lo más importante y necesario de que disponemos como son Nuestra Regla y Constituciones.

30. RENOVARSE

A raíz de publicarse el decreto conciliar sobre la adecuada renovación de la vida religiosa y la exhortación apostólica *Perfectae Caritatis*, de Pablo VI, los religiosos inmediatamente nos pusimos manos a la gran obra de la renovación. De tal modo que hasta el día de hoy la palabra más en boca de los religiosos es la de renovarse, aggiornarse, o ponerse al día.

A este escribidor de ustedes, después de cuarenta largos años de los hechos y no haber cosechado los copiosos frutos de la renovación que con tanto anhelo se deseaban, con sólo escuchar algunas de dichas palabras al instante acude a mi mente el dicho conciliar: “La renovación ha de ponerse más en la mejor observancia de la regla y constituciones que no en la multiplicación de las leyes” (*PC, 4*), lo que tal vez no se haya conseguido.

¡Ah!, y acude también a mi mente el final del *Lazarillo de Tormes*, quien consiguió el puesto de alguacil de la ciudad de Toledo, pero que no por ello mejoró su situación, “pues no mejora quien cambia de lugar, sino de forma de vida y costumbres”.

Y me permito también recordar lo acaecido al *Buscón don Pablos* quien, tratando de mejorar su suerte, se embarca para las Indias, pero

-asegura don Francisco de Quevedo- que le fue peor “pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres”.

Y es que, ya lo dijo Pablo VI: “La adecuada renovación de la vida religiosa se ha de poner más en la mejor observancia de la regla y Constituciones que no en la multiplicación de las leyes... y en la obligación de los religiosos de ser fieles al espíritu de los fundadores, a sus intenciones evangélicas y el ejemplo de su santidad” (*ET*, 11).

Por lo demás, y ante la no demasiado abundante cosecha pretendida de renovación de la vida religiosa, como observo, vuelvo a recordar las ya citadas obras picarescas de nuestro Siglo de Oro español, que “nunca mejora su situación quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres”.

31. DISCIPLINA

El año 1982, con ocasión del VII Centenario del nacimiento de san Francisco, la familia franciscana de la Península Ibérica tuvo un simposio sobre San Buenaventura. La ponencia base corrió a cargo del franciscano, hoy cardenal emérito, Carlos Amigo.

Entre otros pensamientos de San Buenaventura aportó el siguiente: “Dum disciplina negligitur insolentiae crescunt”, y que tradujo a continuación así: “Si se deja de lado la disciplina el mundo se torna insolente”. Y en apoyo a la afirmación aportó otro pensamiento de San Buenaventura, que poco más o menos, relató así: Si los que se envían al estudio General de París no aprovecharen, los ministros que los enviaron sean castigados una semana a pan y agua.

Obviamente, los pensamientos aportados son propios del Buenaventura del siglo XIV. Pero me viene a la mente así mismo el pensamiento de los Proverbios: “Hijo mío, no rechaces la disciplina del Señor, ni aborrezcas su reprensión, porque al que el Señor ama, lo corrige y disciplina al hijo que le es más caro” (*Prov. 3, 11.12*). Y no puedo por menos de compararles con el sentir de hoy en día.

La palabra disciplina proviene etimológicamente de *discipulus* (*díscere*) es decir, necesaria

y propia del alumno, del aprendiz; y, sin embargo, hoy se profesa tal respeto por la personalidad de quienes todavía no la poseen sino en germen, como aprendices, que ofrece la impresión de que es el maestro el que debe ser disciplinado. Y, sin embargo, sin disciplina, orden y dirección no se puede conseguir una personalidad hecha.

Así mismo dice Horacio que *nada grande se hizo sin sacrificio y trabajo*. Y Platón: *Todo lo excelente es arduo*. Y, sin embargo, hoy se supervaloran el no sufrir, el respeto a la personalidad, el no dañar la autoestima, el tratar con sumo cuidado, el que no caigan en la depresión. Y, sin embargo, es preciso educar en valores, lo que exige sacrificio y trabajo.

Ni educar como en el siglo XIII, ni como en el siglo XXI. Educar en valores, con cuidado, pero con trabajo y sacrificio. Educar la inteligencia, pero sin olvidar la voluntad y todo el ser humano.

32. LEYES Y NORMAS

También en el Oráculo de Delfos, en Grecia, en uno de los paños del templo de Apolo, se podía leer esta sentencia: *Obedece las leyes*. Así lo aseguraba Pausanias.

A la ley se la pudiera definir como una ordenación de la razón promulgada por quien está al frente de una comunidad. San Pablo con inusitada frecuencia escribe a los romanos, corintios y gálatas sobre la ley.

Le ley, escribe el Apóstol, se hace para quienes la conculcan, y es como el andador o el pedagogo para apenas iniciados. Es necesaria para toda clase de apenas iniciados. Ahora bien, ¿con que finalidad se elaboran las leyes y normas? ¿para quienes se elaboran? ¿cuántas deberán ser las normas y leyes, pocas o muchas?

Las normas y leyes deberán tener como finalidad el de ordenar y armonizar la comunidad. Y, como es obvio, y Pablo de Tarso lo dice, se elaboran para quienes normalmente las transgreden.

En nuestro primer mundo vivimos bajo la ley. Tenemos un numerosísimo código de leyes. Los religiosos, de modo especial, tenemos la Biblia, la Regla, las Constituciones, el Directorio religioso, el Directorio litúrgico...Y, ya antes de salir de casa, nos topamos con infinidad de leyes y normas humanas, comenzando por las de tráfico.

Y, sin embargo, dice Pablo: Habéis sido llamados a la libertad de los hijos de Dios (Gal, 5,13); Permaneced, pues, firmes en la libertad y no os dejéis imponer de nuevo el yugo de la esclavitud” (Gal. 5, 1).

Leyes y normas, nos preguntamos, ¿muchas o pocas”. Las precisas, las justas, ni una más ni una menos. Las leyes y normas para el hombre debieran ser como el cinto. Ni tan flojo que se caigan los pantalones, ni tan apretado que no permita respirar.

Y, sobre la reforma de normas y leyes, recordemos, en propósito, al ínclito Indro Montanelli quien escribía: “No es preciso reformar la constitución italiana, sino a los italianos”.

33. LUIS AMIGÓ Y LA NAVIDAD

En la espiritualidad de la familia franciscana hay dos misterios del Señor que ocupan un lugar preferente. Son *la Navidad* y *la Pasión del Señor*. Ambos inician y cierran el cristocentrismo propio de la espiritualidad seráfica.

San Francisco profesaba una especial devoción a la estampa sencilla del nacimiento de Cristo. En 1223 consigue realizar en Greccio, (Umbría) Italia, el primer nacimiento viviente del Hijo de Dios. Tal es así que se le considera el creador de los belenes o nacimientos.

Y, un año en que el 25 de diciembre cayó en viernes, decía el santo al hermano Morico: “Peccas, hermano, al llamar día de Venus al día en que nos ha nacido el Hijo de Dios” Y concluía: “Rogaría que todos los pudientes estén obligados en ese día a arrojar trigo y grano por los caminos, para que en tan gran solemnidad las avecillas, sobre todo las hermanas alondras, coman en abundancia. Y no recordaba sin lágrimas la penuria que rodeó aquel día a la Virgen pobrecilla” (2 Cel 199-200).

Asimismo, el piadoso padre Luis Amigó celebraba con gran solemnidad la Navidad del Señor en conformidad con la pobreza franciscana. Y, como es natural, al acercarse la solemnidad

de la Navidad felicitaba a sus hijas e hijos más cercanos.

A sus religiosos de Italia en 1933 felicitaba las Pascuas: “Acercándose las fiestas de Navidad, de universal regocijo para todos, pues nos recuerda el natalicio de nuestro Redentor y, aunque las circunstancias atenúan nuestra alegría, sin embargo, yo les felicito de todo mi corazón y les invito a que con los ángeles cantemos: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad” (*L. Amigó, OC 1938*).

Y a sus hijas de Ollería (Valencia) les desea que “Poseídas del espíritu del Seráfico Padre San Francisco, celebren con grande regocijo la conmemoración del natalicio de nuestro Divino Redentor y que el próximo año les sea muy venturoso y colmado de bendiciones celestiales” (*L. Amigó, OC 1881*).

Por lo demás, al hablar del nacimiento del Hijo de Dios, como su padre San Francisco, derramaba abundantes lágrimas, y especialmente cuando en los días de la Navidad sus hijas le visitaban y le cantaban un conocido villancico en valenciano.

34. TRANSFIGURACIÓN

El misterio de la Transfiguración del Señor se celebra el segundo domingo de Cuaresma, cercano ya a la Pascua. El motivo fue para fortalecer en los Apóstoles su escasa fe en la muerte y resurrección de su Maestro.

De hecho, los tres sinópticos concluyen el hecho de la Transfiguración del Señor con el mismo pensamiento de Jesús: “No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los Muertos (*Mt. 17, 9*)”. “Esto se les quedó grabado y discutían qué quería decir aquello de resucitar de entre los Muertos (*Mc 9, 9*)”. Y Lucas: “Por el momento no contaron a nadie nada de lo que habían visto” (*Lc 9, 36*), incluso afirma que Moisés y Elías hablaban de la muerte de Jesús que iba a consumarse en Jerusalén (*Lc.9, 31*).

La cripta de la Basílica de la Transfiguración, que se levanta majestuosa en la llanura del Esdrelón, presenta cuatro transfiguraciones profundas de Jesús: 1ª) El Verbo encarnado se transfigura en el Cristo histórico. 2ª) El Cristo histórico se transfigura en el Cristo que da su vida en banquete de comunión; 3ª) Cristo, el Verbo del Padre, se transfigura en forma de Palabra, y 4ª). Finalmente retorna a la diestra de Dios Padre. Es esta la Transfiguración propiamente dicha.

Observadas detenidamente dichas trasfiguraciones recogen las varias presencias del Cristo en su Iglesia, según el Concilio Vaticano II, luego de su retorno al Padre: Recogen su presencia personal, histórica, en Israel; su presencia eucarística en la Eucaristía; su presencia en su Palabra, y su presencia en la fraternidad. Todas estas transfiguraciones debieran reforzarnos en nuestra fe católica, a la vez que deberían impulsarnos a ser transparencias vivas, comprometidas, legibles del Cristo, que un día se trasfiguró en persona histórica y puso su tienda entre nosotros, en Banquete de Comunión y en Verbo, Palabra, para alimento de los fieles.

La Transfiguración del Verbo debería convertirse en el creyente en transparencia creíble del Verbo, en la vida, en la palabra, en las obras.

35. ESPÍRITU FRANCISCANO

Aconseja a sus religiosos nuestro buen padre Luis Amigó que debemos estudiar a fondo y penetrarnos bien del espíritu seráfico (*Cfr. OC. 1269*). Y, en otra ocasión, nuevamente: “Penetraos bien del espíritu seráfico, único que puede transformar la sociedad actual” (*OC.1978*).

Tengo la impresión de que el espíritu seráfico o franciscano poco a poco se va opacando, tal vez por la menor influencia que ejerce hoy la familia franciscana que se va acomodando al mundo actual y también porque éste se va alejando de dicho espíritu seráfico por otros derroteros.

Basta observar que nuestro mundo va entrando ya en la llamada ciudad secular en la que tiene escasa influencia el espíritu religioso y pone todo su empeño en el progreso, en la técnica y en el desarrollo material aquí y ahora.

Su Santidad León XIII, insigne franciscano, escribió: “Que el espíritu seráfico es el único que puede restaurar nuestra sociedad” (*OC 1269*), cita que retoma frecuentemente Luis Amigó. Y es que nuestro primer mundo adora el todo, aquí y ahora, por lo que Su Santidad Juan Pablo II le dedica duras palabras al materialismo, consumismo e indiferentismo tan extendido hoy en demasiados ambientes.

Y, sin embargo, el apacible y humilde Francisco legisla para sus religiosos: “Aconsejo, amonesto y exhorto en el Señor Jesucristo a mis hermanos que, cuando van por el mundo, no litiguen ni contiendan de palabra, ni juzguen a otros, sino sean apacibles, pacíficos y mesurados, mansos y humildes, hablando a todos decorosamente, como conviene” (2R, 3, 10).

Es decir, profundo respeto a la vida, a la naturaleza y a la convivencia para convivir todos los seres en paz. Desde luego no parece que el espíritu franciscano goce hoy de notable salud en nuestro mundo moderno.

36. EL QUESO GRUYÈRE

El queso suizo de Gruyère, por lo que a la forma externa se refiere, se caracteriza por el gran número de agujeros de que viene dotado. Pues bien, en mi conseja *La Ratita Anoréxica*, ante la pertinaz tozudez de la ratita a comer del queso, el padre careto sentencia:

“Mira, hija, aquí y ahora de lo que se trata es de comer y sobrevivir. ¿Que el quesito tiene grandes agujeros?, pues se come alrededor de ellos, como hacemos tu madre, tus hermanitos y yo. La vida es así y Dios que la ha hecho sabe el porqué”.

Y Dios que la ha hecho sabe por qué todas las cosas, juntamente con lo pulposo del alimento, tienen algún que otro pequeño defecto. De inteligentes es probarlo todo, quedarse con lo bueno y desechar lo malo, que así se lo dice Pablo a los tesalonicenses (*1Tes 5, 21*). Y papá careto a la ratita.

Si se trata de otra persona, hay que tener presente que toda persona humana tiende al bien y, está dotada de muchas más virtudes que defectos. Es decir, posee infinidad de virtudes con algún que otro pequeño defecto. De inteligentes es quedarse con lo bueno y desechar lo malo.

Si se trata de discusiones, la sentencia agustiniana, es clave: *En las cosas ciertas, unidad;*

en las dudosas, libertad; en todo, caridad". Por lo demás, y en cuanto a juicios u opiniones se trata, la opinión de cada uno no pasa de ser eso, personal, que no juicio exacto del otro. Aparte de que de gustos no se ha de discutir, según sentencia el clásico.

Y refiriéndonos ya directamente al juicio sobre los gustos, el parecer de cada cual define mayormente el gusto de quien prueba los alimentos que no el sabor que ellos en sí encierran.

Por lo demás, ¿quién me ha hecho juez de mis hermanos, para sopesar sus defectos con sus virtudes? El breve poemita *El Juez*, de Rabindranaz Tagore, así lo dice también: "¿cómo has de saber tú el tesoro que él es -pregunta una madre al juez que castiga al niño- tú que tratas de sopesar sus méritos con sus faltas?"

La hospitalidad de criterio es un buen remedio contra las excesivas exigencias personales.

37. HISTORIA SAGRADA

La historia de Israel, según la relatan los libros de la Biblia, no deja de ser una historia sagrada, elaborada en unos tiempos mitológicos y con una finalidad recordatoria y didáctica.

Es curioso observar que sea Dios quien dirige los destinos de Israel con la promesa de una patria que conseguirán luego de 450 años. Salen de Egipto un pequeño grupo de setenta y el Señor le aboca directamente al mar Rojo. Luego le lleva de desierto en desierto, desde Ácaba, por el desierto del Arabá, el del Sinaí y finalmente por el de Moab hasta cruzar el río Jordán.

Da la impresión de que no sea Dios, sino las hordas enemigas las que llevan al pueblo contra el mar, primero, y contra la montaña, después. A mi me invitan a recordar la siguiente redondilla: *Vinieron los agarenos/ y nos molieron a palos/ que Dios ayuda a los malos/ cuando son más que los buenos.*

De la entrada del pueblo en Jericó hasta la conquista total de la tierra prometida de la que, luego de infinidad de contiendas, se apoderan, me invitan asimismo a recordar la anterior redondilla convertida ahora en serventesio: *Vinieron los agarenos/ y les molimos a palos/ que Dios ayuda a los buenos/ cuando son más que los malos.*

Y es que toda historia siempre resulta ser una historia personal y aurea. Y, recoge generalmente, los datos del historiador y de quien paga la historia tanto o más que la verdad de los hechos históricos. Tito Livio escribe la de Julio Cesar, su patrocinador, y es una historia aurea. René Lesage escribe la historia de los monumentos a San Lorenzo y, ¡oh, casualidad!, se olvida del de San Lorenzo del Escorial. ¡Parece cosa rara, no!

Y, hasta el día de hoy, según me informan bien entendidos en el Séptimo Arte, cuando los promotores son estadounidenses, no hay batalla que no ganen y que no pierdan los japoneses. En cambio, cuando las redactan los Hijos de Sol Naciente parece ser que la misma historia ya es otra cosa.

Carísimos lectores, toda historia o es aurea o no deja de ser pura leyenda.

38. TÍMIDOS, TEMEROSOS Y TIMORATOS

Don Francisco de Quevedo escribía al Conde Duque de Olivares: “No he de callar, por más que con el dedo, / ya tocando la boca o ya la frente, / silencio avises o amenazas miedo”. Y a renglón seguido se preguntaba: “¿No ha de haber un espíritu valiente? / ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice? / ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?”

Se suele dar con demasiada frecuencia en espíritus tímidos, pusilánimes y medrosos que, por miedo a herir a la persona, con demasiada frecuencia callan y maltratan la verdad. Por más que lo cortés no quite lo valiente. Y es que no lo hay como ser tímido para ser puntual en los horarios e indeciso para tomar decisiones lo que, frecuentemente como digo, se da en espíritus temerosos y timoratos. En ellos anida, como la misma etimología de las palabras lo delatan, el temor.

Y esto se da con demasiada frecuencia en espíritus religiosos, por más que la Biblia nos invite con inusitada frecuencia a la fortaleza de ánimo, al buen sentido, al hablar sin miedo, al hablar con valentía.

“No he de callar, por más que con el dedo, / ya tocando la boca o ya la frente / silencio avises o amenazas miedo”, decía Quevedo.

Y diversos pasajes bíblicos vienen así mismo a corroborarlo: Los siete extensos apóstrofes o recriminaciones de Cristo a escribas y fariseos, que lo conducirían a la muerte y que se inician con la exclamación: “¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas! (*Mt. 23, 13*) así lo certifican. Y el valiente testimonio de los mártires vienen así mismo a corroborarlo. Es la proclamación valiente de su fe.

En alguna ocasión he dicho, refiriéndome a los Mártires Españoles del siglo XX, que los mártires generalmente han sido de secano, es decir, de terrenos esteparios. que con su sangre han certificado su fe y el sentido de su vida. Y no fueron seres tímidos, pusilánimes y medrosos, sino espíritus fuertes y valientes.

Y, me pregunto con D. Francisco de Quevedo: “No ha de haber un espíritu valiente? / ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice? / ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?”

39. VOLUNTAD DE DIOS

Conocer la voluntad de Dios sobre uno mismo, y llevarla luego a la práctica -creo yo- constituye la base para hacer felices a los demás, ser feliz uno mismo, conseguir la paz y alcanzar luego la vida eterna.

El 25 de marzo de cada año la iglesia celebra la solemnidad de la Anunciación de María y, mejor dicho, de la Anunciación del Señor. Es decir, que es el inicio de la encarnación, de la redención y del principio de la salvación. La celebración recuerda el cumplimiento de la voluntad de Dios, tanto por parte de María, como por parte de Jesús.

Así lo certifican al menos las lecturas del día. “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”, responde María al Ángel. Y también: “He aquí que vengo, Señor, para hacer tu voluntad” (*Heb 10, 9*), recoge la sumisión de la voluntad de Jesús a su Señor. Y ambos dos, según creemos, fueron fieles a su ministerio por más que les resultara difícil poder ser Madre de Dios o subir al Calvario.

Y viene a completar el cumplimiento de la voluntad de Dios el salmo responsorial que repite como estribillo: “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad” (*Ps 39, 7*). Y poco más adelante: “No quieres sacrificios ni ofrendas, entonces yo digo

aquí estoy para hacer tu voluntad”. La fidelidad a la propia vocación constituye la base de la felicidad, tanto para cada religioso, como para la entera fraternidad.

Y, Luis Amigó escribe: “Toda la sabiduría del hombre consiste en conocer y ejecutar la voluntad de Dios” (*L. Amigó, OC 832*). Y también: “La conformidad con la voluntad de Dios es el acto más grande que puede hacer el hombre y en él tienen su ejercicio todas las virtudes” (*L. Amigó, OC 829*).

En fin, que conocer la voluntad de Dios y, sobre todo, llevarla luego a la práctica, puede resultar sumamente dificultoso. Pero seguramente sea la mejor manera de abandonar egoísmos, ser felices en esta vida, hacer felices a los demás, y conseguir la paz con la anuencia del Señor, y la vida eterna.

Y, sin embargo, frecuentemente nos pasamos recitando en el Padrenuestro el: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”. Y, sin embargo, ay, demasiadas veces hacemos luego nuestra real gana, es decir, nuestro propio egoísmo.

40. EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS

Se ha escrito- y yo creo que con razón-, que el hombre por naturaleza tiende a obrar el bien y que, en servicio del mismo, elige los medios que juzga más aptos para conseguirlo. El mismo Sócrates opinaba que, si el hombre elige el mal, es tan sólo por ignorancia, pues si conociera el bien lo haría.

Con frecuencia se escucha la afirmación de Maquiavelo de que el fin justifica los medios. En la frase subyace la idea de que dichos medios son ilícitos. Y se habla así mismo de una mentalidad maquiavélica. El hecho es que el hombre siempre tiende al bien, o a lo que él juzga ser bien.

El concepto de verdad no se dilucida hasta Descartes, es decir, hasta bien entrado el siglo XVII (*René Descartes 1596-1650*). Se considera la verdad como la idea clara y distinta de la adecuación de lo que se piensa o se dice con el hecho real de las cosas. Constituye la certeza o evidencia del hecho real. Hasta esa fecha todo ser humano pensaba que todo lo que servía para el bien, fuera ideado, pensado u obrado, era verdad.

La infinidad de santuarios, apariciones, devociones, visiones y milagros, se multiplicaban porque, fuera el hecho real o no lo fuera, servían

para fomentar la piedad popular. Por lo demás, y a partir del hecho de verdad cartesiano, se ve que van disminuyendo, hasta casi desaparecer, tantos signos milagrosos que no tenían conexión alguna con la realidad histórica.

El concepto de verdad está contribuyendo, como ninguno otro, a la purificación de la religión, tan plagada en otras calendas de infinidad de devociones populares.

Es un hecho que el fin justifica los medios, no porque lo dijera Maquiavelo, sino porque todo ser, por su misma naturaleza, tiende siempre al bien, y para ello elige los medios que juzga más aptos para lograrlo.

41. TODAS OCUPADAS EN ORACIÓN

Teresa de Jesús vive en pleno siglo XVI (1515-1582). Es éste un siglo en que se da un cambio de época, de la Edad Media a la Edad Moderna. Es decir, de una sociedad de corte teocrático a otra de carácter plenamente renacentista. La sociedad se abre a la libertad en una vida humanista.

Teresa de Jesús nace en la Castilla austera del siglo XVI en el seno de una familia numerosa y muy piadosa. Y será reformadora, con San Juan de la Cruz, de la familia carmelitana.

En el Siglo de Oro español en la sociedad castellana, y de ello da razón Miguel de Cervantes en el Quijote, tan sólo existían dos caminos expeditos para vivir y progresar en la vida: el de las armas y el de las letras. En el camino de las armas se desarrolla la idea del caballero cristiano como modelo de identidad. Erasmo de Rotterdam escribe su *Enquiridion* dedicado a la formación del verdadero caballero cristiano. Y para la educación en los monasterios se usa la lectura del *Combate Espiritual*, de D. Lorenzo Scupoli. La idea de lucha y combate flotaba en el ambiente.

Teresa de Jesús, mujer de temple varonil, se pregunta: “¿En estos combates cómo hemos de actuar nosotras?” Y, huyendo del formalis-

mo monástico que tanto critica Erasmo en sus obras, se responde: “Son éstos tiempos recios..., estando encerradas peleamos por Él... nosotras lucharemos todas ocupadas en oración”.

Y, en otra ocasión, escribe que “el sacerdote esté fortalecido con letras y buena vida”, de lo contrario, sentencia enérgicamente, “ni merecen nombre de capitanes ni permita el Señor salgan de sus celdas”.

Teresa de Jesús lucha por la reforma y el triunfo de la Iglesia con las armas de que dispone, “estando todas en oración”. No siguió el servicio de las armas, sino de las letras, pero, de todas formas, fue una mujer fuerte, moderna. Vamos, una mujer de armas tomar (*Cfr. T. de Jesús: Camino de Perfección*).

42. TÍMIDO Y PRECISO

En mi artículo *Don Timidito y otras yerbas* escribí, refiriéndome al personaje en cuestión, que no hay cosa como ser tímido para ser preciso. Y es que el tímido, y precisamente por serlo, suele ser una persona vergonzosa, un tanto pusilánime y de personalidad insegura. Piensa demasiado, y con dificultad se decide, lo que le lleva a ser sensato y planificado, cuando se decide.

El tímido suele tener opinión, pero su dificultad estriba en poder manifestarla. Escucha mucho antes de decidirse a hablar y a tomar decisiones. Esto cristaliza en el en un ser sensato y organizado, por lo que es más dado al trabajo en solitario y no tanto en solidario o en equipo.

La timidez le lleva con relativa frecuencia al sonrojo, incluso al tartamudeo y a la sudoración. Por lo que en sus manifestaciones suele pecar de hombre exacto, conciso, estricto, detallista y concreto. Es una personalidad de gran exactitud, fidelidad y precisión.

La timidez ¿es un defecto o es una virtud? Da la impresión de ser ambas cosas, pero más bien se trata de una actitud o modo de ser. Y, en caso de que se sea defecto o virtud, que no lo sé, con el tiempo y con relativa facilidad se corrige o perfecciona. La timidez produce personalidades

amables, silenciosas, introvertidas. Lo suyo más que explanarse en el hablar, se reconcentra en el silencio interior y en el meditar.

La persona tímida, retraída, inhibida, da la impresión de ser una personalidad sobria y un tanto hosca, si bien goza de una felicidad interior que no precisa de exposición. Que el gozo, la felicidad, y el estar bien consigo mismo no es algo que se pueda lograr por inyección intravenosa o cutánea.

En su exposición suele ser claro, concreto, detallista, amante de la puntualidad. Habla poco y lo piensa mucho. Es un ser ordenado y organizado, en oposición al sujeto extrovertido y descentrado que con demasiada frecuencia se manifiesta más deshilachado y desencuadrado que el código de Hammurabi.

43. GRANDIOSA PEREGRINACIÓN

Grandiosa fue la peregrinación organizada por Luis Amigó en septiembre de 1889 a Nuestra Señora del Puig de Santa María (Valencia). Luis Amigó, regresa a Massamagrell el 2 de agosto de 1881. Y en tan sólo ocho años consigue llevar al Puig una peregrinación de unos siete mil hermanos de la orden tercera franciscana.

La peregrinación tuvo lugar los días 29 y 30 de septiembre, precisamente el día de San Miguel y siguiente. Fue una peregrinación penitencial para impetrar de Nuestra Señora de los Ángeles del Puig la gracia de la libertad de León XIII, el Papa franciscano, recluido en el Vaticano desde la toma de Roma por Porta Pia en 1870.

La peregrinación se realizó el día de San Miguel (¡quién como Dios!) para pedir la liberación del Papa León XIII. Presidió la santa misa Luis Amigó y la homilía corrió a cargo del capuchino padre Valencina, de arrebatadora elocuencia.

La jornada del día siguiente, día treinta, fue dedicada a los difuntos de la Orden Tercera de Penitencia. Se cantó la *misa de réquiem*. Y en ella “exaltó las glorias y virtudes de San Francisco el reverendo sacerdote don Carlos Ferrich”, a quien en la congregación amigoniana

se le conocerá con el nombre de padre Carlos de Cuart dels Valls.

En esta peregrinación tomaron parte terciarios de las congregaciones siguientes: “Alfara del Patriarca, Foios, Meliana, Partida de la Punta, Albalat dels Sorells, Manises, Vinalesa, Rafelbunyol, Benaguasil, Godella, Alboraiá, Alcira, Santa Mónica (Valencia), Massamagrell y la Comunidad de Terciarios de la cartuja de Ara Christi del Puig y capuchinos de la Magdalena (Massamagrell)... Cada Congregación llevaba su estandarte, su música y su coro de voces escogidas”.

“Nos dimos los peregrinos -finaliza el cronista- el último adiós, deseando que nuestro padre Luis Amigó nos diga otra vez: Terciarios, al Puig a pedir a Dios la libertad del Papa” (*Cfr. El Mensajero Seráfico, Valencia, 2 - X - 1889*).

44. EXPLICACIÓN DIVERSA

Cada pueblo ha tenido y tiene un gran interés por conocer y explicar los hechos históricos, si bien en cada época se les ha dado una explicación distinta y diversa. Los pueblos primitivos han explicado los hechos en un clima fundamentalmente mitológico y teocrático. Para su explicación han acudido a la Causa Primera.

Sirvan de ejemplo el caso del diluvio, como castigo de Dios por los pecados del pueblo. O la muerte del rey Antíoco, castigado por Dios por haber robado las joyas del templo de Jerusalén. Razón del castigo que confirma así mismo el historiador Polibio.

Durante los tiempos antiguos y del medievo se van introduciendo explicaciones milagrosas para acontecimientos humanos y religiosos. Con la edad moderna gozan de una mayor entrada las causas segundas, es decir, la intervención humana.

Ya hacia el siglo XIX y XX crece una oleada de ateísmo. Tanto es así que ya a mediados del último siglo en las universidades católicas se habla de la teología sin Dios. Incluso se escriben libros teológicos en que ni siquiera aparece dicha palabra Dios.

Y ya en nuestros días, en que un cambio de época nos lleva a la ciudad secular, no se oye

hablar de ateísmo, sino de indiferentismo religioso. Es decir, no se trata de negar la existencia de Dios, sino de que no interesa su presencia y se va reduciendo y opacando su intervención en la historia humana. Sencillamente que todo hecho humano tiene una explicación lógica y natural en un mundo dirigido por la ciencia y por la técnica.

¿Se niega hoy la presencia de Dios en la historia humana? ¿Se expulsa de Dios afuera de la ciudad secular? No. Simplemente, que no se aprecia su intervención. Pues todo se explica mediante la razón humana, también es obra de Dios.

Pero, cabe preguntarse: ¿las causas segundas no están dirigidas por la Causa Primera? Sencillamente que en cada época los hechos tienen una explicación diferente o diversa.

45. DE ETIMOLOGÍAS

El excesivo uso de una palabra con frecuencia finaliza significando lo contrario de lo que su etimología revela. El apóstol san Juan escribe en su primera carta: “Si alguno ama al *mundo*, no está en él el amor del Padre” (1 Jn 2, 15).

En el principio era el Jáos (lo desordenado) decían los griegos. Y los dioses ordenaron el caos, lo caótico, con lo que apareció el cosmos, es decir, el *mundo*, lo, ordenado, limpio y bello. De tal manera que la belleza terminó por definirse como “el esplendor del orden”. Y de ahí provienen, entre otros vocablos, la palabra *cosmética*.

Pues bien, al pasar estos conceptos al latín, como digo, lo limpio, ordenado y bello se tradujo por *mundo*. En cambio, lo desordenado y caótico se vino a recoger con la palabra inmundicia. No obstante, escribe San Juan que “en el mundo todo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, soberbia de la vida”. (1ª Jn 2, 14).

¡Con qué facilidad se corrompe el sentido de un vocablo!

Otra de las palabras que, por su excesivo uso, ha venido a significar lo contrario de lo que inicialmente su etimología revela, es la palabra *laico*. Sin embargo, por su etimología, el laico era

una persona religiosa y piadosa. Inicialmente se aplicaba a quienes vivían alrededor y al amparo de monasterios y castillos. En cambio, hoy en día entendemos por *laico* a una persona seglar, un ciudadano, vocablo que el pueblo griego trajo con la palabra *demos*, del que proviene la palabra *democracia*.

De tal manera que hoy, en el campo religioso, de tan lenta evolución siempre, la palabra *laico* todavía continúa teniendo el significado primitivo. Tal es así que entre los religiosos aún se emplea el vocablo *laico* para designar a los hermanos no sacerdotes. Incluso en algunas órdenes religiosas todavía conservan en sus iglesias monásticas el doble coro: un coro para hermanos clérigos y otro coro para hermanos laicos.

¿Y qué decir de algo que es *inconfesable*, siendo así que lo que requeriría es confesión? ¿O declarar a alguien *Venerable*, pero que no se le pueda tributar veneración?

El excesivo uso de una palabra frecuentemente pierde su significado etimológico.

46. EN LA EDAD PROVECTA

Conforme uno va alcanzando una edad avanzada, que los clásicos llamaban provecta, se van mitigando todos los sentidos, tanto del cuerpo como del espíritu. Se van presentando dificultades para ver, oír, caminar. Y así mismo se va perdiendo la capacidad de reflexión, discursiva y hasta de memoria. Tanto es así que, referente a esta última, yo aseguro que me han regalado un GPS para poder trasladarme de la sala de la televisión a mi habitación particular. Pero que todavía no lo he probado. Y esto ¿por qué ha sido? Evidentemente por falta de memoria.

No es raro, pues, encontrar a nietos que digan a sus abuelos: Abuelito, siempre nos cuentas las mismas batallitas. Siempre nos dices lo mismo. Y es que en el último recodo del camino de la vida tan sólo nos quedan en el macuto dos o tres ideas vivas que hemos ido cultivando con la mente y el corazón durante la existencia. Da la impresión de que tan sólo nos quedan restos para redactar el testamento, las últimas voluntades.

Dicen que los discípulos de san Juan Evangelista, en los últimos días de su existencia le decían: “Padre, siempre nos dices lo mismo. Que os améis unos a otros”. A lo que el Apóstol les

respondía: “Pues si cumplís esto cumplís toda la ley y los profetas”.

Por lo dicho, la primera carta del Apóstol Juan, podemos decir que es una carta síntesis de su pensamiento, en la que el Apóstol transmite a sus discípulos sus últimas voluntades. ¿Y cuáles son sus últimas voluntades, en las que creyó y cultivó toda su vida, cuál su carta testamento? “En esto consiste al amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero, y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Si Dios nos amó así, que os améis unos a otros como yo él nos ha amado” (*1ª Jn. 4*).

La primera carta de San Juan, seguramente redactada en su vejez, es su carta testamento, su última voluntad, es decir, su síntesis vital, la recapitulación de toda su larga historia personal.

47. EL SIMPLE FRANCISCO DE ASÍS

El doble del uno es el dos lo que, desde el punto de vista de las matemáticas, claro, no resulta nada nuevo. El simple es el uno, lo sencillo, mientras que el doble resulta ser el dos, por lo que ya empieza a asomar la oreja la doblez.

Cuando Francisco de Asís asegura que es un simple e iletrado (*Cfr. LM, 12*), pretende indicar que es uno, sencillo, singular, pues la etimología de la misma palabra *singulus* así lo indica. Mientras que el doble, compuestos del numeral dos, viene a indicar lo compuesto, lo complicado.

Cuando el apóstol Santiago echa en cara a sus lectores que no recibirán nada, lo hace porque son compuestos, complicados, inconstantes e indecisos, dobles, emplea la palabra griega *dípsyxos* (*dis - psyxé*), es decir, que tienen dos almas, dos vidas, dos actitudes diversas, como indica la misma etimología de la palabra. Por lo demás, el mismo calificativo lo emplea el apóstol Santiago en dos ocasiones, como digo (*St. 1, 8 y 4,8*).

La simple definición etimológica viene ya a indicar al hombre complicado y complejo, de doble vida, falta de unidad. Y que, por lo tanto, puede llegar a ser inquieto, vacilante e inestable, es decir, atolondrado y desorganizado.

Por otra parte, el varón simple posee unidad interior, coherencia entre lo que piensa, lo que dice y lo que obra. Su pensamiento ilumina y aviva el sentimiento y la acción. Le proporciona unidad de vida y limpieza de conciencia. El hombre simple unifica pensamiento, corazón, sensibilidad y acción.

Francisco de Asís fue un hombre simple y sencillo. Sin doblez de alma, vida o conciencia, es decir, transparente y dotado de una gran simplicidad. Sin doblez ni complicación alguna. Actitud que así mismo deseó que la cultivaran sus hijos espirituales de la gran familia franciscana (*Cfr. 2 Cart. F. 46*).

48. CICATRICES

Yo sé que Pedro en cierta ocasión pregunta a Jesús: ¿Cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano si peca contra mí? ¿Hasta siete veces? Y Jesús le responde: “No digo yo hasta siete veces sino hasta setenta veces siete” (*Mt 18, 21-22*). Si tu hermano peca, perdónalo. Y Jesús le mandó perdonar hasta setenta veces siete. No obstante, creo que el acento más que ponerlo sobre el perdón se debiera centrar mayormente sobre la injuria, sobre el pecado.

Manuel Kant decía: “Obra de tal manera que tu acción se pueda convertir en norma universal de conducta”. Al hilo de esta afirmación yo prefiero decir: Obra de tal manera que a nadie tengas que pedir perdón. Y, a la vez, que nadie te tenga que pedir a ti perdón. Pues el pedir perdón, como el otorgarlo, a nadie agrada.

Por otra parte, hay que tener presente la trascendencia de cada una de las acciones humanas tanto para hacer el bien como para obrar el mal. Pues, cualesquiera de las heridas, por más insignificantes que nos puedan parecer, siempre deja cicatriz, bien en el cuerpo, bien en el espíritu, o en ambos dos a la vez.

Acciones que en la juventud nos parecían insignificantes, nos presentan las cicatrices en el otoño de la vida, en el cuerpo y siempre

en el espíritu. Bien en la salud corporal, bien en forma de rarezas, ambas ya totalmente incurables, para mortificación propia y de los circunstantes.

El pecado de algunos impresentables de hace cinco siglos, por poner un ejemplo, todavía en el día de hoy estamos sufriendo y lamentando las heridas de la desunión de los cristianos. Y, descendiendo más a lo personal, los malos humores, lamentaciones de ancianos, dejan al descubierto excesos de juventud, en el cuerpo y en el espíritu.

Hay que perdonar hasta setenta veces siete, sí, que así se lo ha dicho el Señor a Pedro. Pero, sobre todo, obra el bien y no te arrepentirás, pues que hacer el mal siempre deja sus cicatrices.

49. TEMPLES DE ACERO

De ciertos sujetos que mantienen terca- mente sus opiniones, que no sus razo- nes, contra viento y marea, se suele decir que tienen *temple de acero*. Carecen de flexibili- dad. Y esto resulta peligroso por cuanto la barra de acero, si una vez se quiebra, ya no hay modo alguno de soldarla. Estos tales ponen de mani- fiesto un egoísmo congénito.

De otras personas que, así mismo, se mani- fiestan seguras en sus opiniones se suele decir que tienen *una gran personalidad*. No ceden, por más que sus razones no pasan de ser meras opiniones. *El mantenella e no emendalla*, es su forma de actuar. Parecen decir que no se equi- vocan jamás de los jamases. Manifiestan hin- chazón de personalidad, es decir, de egoísmo puro. Ocurre que quienes menos razones tienen pontifican más.

Otros individuos, también muy *pagados de sí mismos*, suelen decir que *son así*. Cosa que a la mayoría nos sucede. No ceden ni ante las mayores evidencias, ya que sería rebajar su au- toestima y su personalidad. Se manifiestan im- permeables, cuando su mayor razón debiera ser el ceder ante otras opiniones. Les resulta más fácil perdonar a quien les solicita el perdón que a quien tiene razón.

Finalmente, de ciertos sujetos se suele afirmar que son *muy suyos*. Evidentemente, como son muy suyos en su pensar, y todavía más en su sentir, no permiten cabida para las opiniones de los demás. Son personas muy críticas hacia afuera pues, seguramente, no han tenido ocasión alguna para mirarse hacia adentro.

Todas estas personalidades que tienen temple de acero, que no se equivocan nunca, que tienen una gran personalidad, siempre muy pagadas de sí mismas, que empiezan y finalizan con el yo, porque ellas son así, se les pudiera calificar, sin eufemismos, de egoístas. Por no decir que son un permanente yo-yo.

50. A TEMPERATURA AMBIENTE

Para los primeros cristianos constituía un problema candente la pureza o impureza de los alimentos, lo que produjo no pocos problemas de conciencia. Pues, por una parte, muchos cristianos provenientes del judaísmo conservaban todavía la conciencia de que no podían comer carnes de cerdo, pues así se lo prohibía su Ley. Prohibición que rige hasta el día de hoy entre los judíos con los denominados alimentos kosher.

Y por otra, cristianos provenientes del paganismo se preguntaban si podían comer de la carne sacrificada a los ídolos. A lo cual también Pablo dio respuesta: Se puede comer carne sacrificada a los ídolos, pero, si es motivo de escándalo para los hermanos, yo nunca comeré carne sacrificada a los ídolos (*Cfr 1ª Cor 8, 1-13*).

Cuando un grupo de fariseos y unos escribas de Jerusalén presentan el problema ya Jesús les da acertada respuesta al indicar que todos los alimentos son limpios en sí, lo que les hace buenos o malos es la intención del hombre. En una palabra, los animales y las cosas no poseen capacidad alguna de ser buenos o malos, pues carecen de conciencia. La bondad o maldad de las acciones humanas nacen del corazón del hombre.

Un claro ejemplo viene a clarificar el caso que nos ocupa. Es lo que ocurre con el vestido. No hay vestidos fríos o calientes. Pues conservan siempre el clima del medio ambiente. Quien les otorga el ser fríos o calientes es el medio ambiente en que están.

Las mantas no dan ni frío ni calor. Conservan siempre la temperatura ambiente. Si decimos que proporcionan calor queremos decir simplemente que conservan el calor producido por el cuerpo humano. Es decir, no crean calor, sencillamente conservan el producido a su alrededor.

Por lo tanto, los animales y las cosas no tienen capacidad alguna de moralidad. Ésta se la otorga la conciencia humana. Pues, animales y cosas carecen de conciencia. ¡Cuántos problemas de conciencia no han producido infinidad de normativas de dudosa eficacia!

51. SAN PÍO DE PIETRELCINA

Cierto día, en que yo salía de visitar la cripta de la basílica del padre Pío en San Giovanni Rotondo (Foggia-Italia) con un grupito de visitantes, escucho a una señora que salía murmurando: *Questo non lo voleva proprio padre Pío* (esto no lo quería el padre Pío). La cripta, deslumbrante de luz y color, es una delicia en honor del santo. Realizada en cosmatescos dorados y figura moderna. ¡Ah! Y fue costeada, según decían, por cierta señora de Filipinas.

En otra ocasión, en que hube de viajar por razón de mi cargo, me encontraba en el aeropuerto romano de Fiumicino. Haciendo tiempo, me llego a la librería del aeropuerto y me extrañó ver entre libros y periódicos una alcancía de limosnas para el Padre Pío.

Pasados los días me encuentro con el padre Francisco Iglesias, un capuchino de gran renombre, y le comento mi perplejidad ante este hecho. Y me responde: No eches nada en alcancías del padre Pío, pues dejó todo al Vaticano. Y el Vaticano ha traspasado todo lo referente a propaganda a una empresa multinacional de marketing.

En algunas otras ocasiones he visitado numerosas basílicas e iglesias romanas y en la mayoría me he topado con imágenes al padre Pío

de Pietrelcina, naturalmente con su correspondiente alcancía al lado.

En otras ocasiones visitando librerías religiosas compruebo con estupor que están repletas de propaganda del padre Pío de Pietrelcina. Y me pregunto: ¿esta devoción nace de amor al santo o de la propaganda de la multinacional encargada de promoverla?

En San Giovanni Rotondo siguen los padres capuchinos. Forman la fraternidad unos pocos religiosos, todos ellos ya bastante ancianos, que viven de su ministerio pastoral de misas y confesiones. Llevan una vida tan pobremente como cuando estaba con ellos el P. Pío de Pietrelcina.

Y me pregunto yo: ¿Los seis millones de visitantes anuales que acuden a visitar la obra del padre Pío, que se extasían con la grandeza de la basílica y del lugar, también aprecian el testimonio evangélico de pobreza franciscana de sus moradores capuchinos?

52. VEHÍCULOS

Para el transporte, tanto de seres materiales como espirituales, los humanos disponemos de una gran diversidad de vehículos. Y cada transportista emplea el vehículo que considera más apropiado para su transporte. La lengua o idioma es el vehículo de transporte de las ideas.

Cada persona debiera ser libre de usar el vehículo que más le interese. Si desea trasladarse a otra nación, puede emplear el avión. Si es únicamente para cualquier capital de provincias, puede ir con el Ave por ferrocarril. Si ya es para asuntos cercanos dispone de una gran diversidad de coches. Y si, desea un vehículo lento o para divertirse, puede elegir el patinete. Use el vehículo que prefiera.

Cada persona es libre de emplear el vehículo que desee. Es libre para elegir vehículo español, francés, sueco o coreano. Y nadie se empeña en imponer el vehículo para su traslado. Cada persona deber se ser libre de elegir lugar, modo y medios de transporte que desee. Y nadie, por lo mismo, puede imponer el medio de transporte.

Esto mismo debiera regir para el transporte de las ideas. ¿Por qué razón se me ha de imponer por ley un vehículo que yo no quiero emplear y que, además, nunca emplearé? ¿Usted desea

ir lejos? Puede emplear el avión, si lo prefiere. ¡Ah! ¿que no va a salir de su nación? El idioma nacional es seguramente el vehículo más propio y el más empleado. ¿Que lo va a usar solamente para entenderse con los de la propia casa? Puede usar un vehículo localista, el dialecto local.

¡Ah! ¿que sólo es para entretenimiento? Puede usar el patinete. Use el vehículo que desee ¿quién se lo impide? Por lo cual yo creo que a cada persona se le debe permitir el uso vehicular que desee y que mejor se le adapte y acomode a sus gustos y necesidades. Por otra parte, es absurdo imponer un idioma como si de poner una inyección se tratara. Por lo demás dificultar el uso de un vehículo nacional, me parece una aberración.

53. DIVERSIDAD DE GUSTOS

El gusto es una afección que juzga y califica mayormente a la persona que no a al objeto que provoca el gusto. Por ello frecuentemente se suele decir que hay tanta diversidad de gustos, cuanta es la variedad de las personas que lo califican. De ahí que se hable de persona que tiene un buen o mal gusto.

Se puede manifestar el buen gusto bien para designar el estilo de vida, bien la bondad de las opiniones o bien la calidad de los alimentos. Refiriéndonos a estos últimos se presentan hoy en día infinidad de concursos para la cata de vinos, degustación de paellas, probación de carnes, para concluir cuál de ellos es el mejor y se otorga el premio.

Evidentemente no se califica tanto la bondad del vino, de los arroces, o de las carnes cuanto al gusto de los señores jueces. El hecho me hace reflexionar sobre el texto evangélico: “No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados” (Lc. 6, 36), porque, y esa es la verdad, cada uno juzga o condena más sobre la medida de su corazón, que no sobre el hecho humano que juzga, bien a favor o bien en contra.

Es normal que, ante una mesa bien provista de majares, cada comensal elija, no el que juzga

el mejor, sino el que se acomoda mejor a sus gustos. Tanto esto es así que con frecuencia he oído decir: Esta es la mejor paella que jamás he comido, para decir lo mismo pasados unos días. Lo cual indica que juzga el gusto del comensal, no la mayor o menor bondad de los ingredientes de dicho plato.

Por lo tanto, tengo para mí que en el “no juzguéis y no ser juzgados; no condenéis y no seréis condenados”, es decir, que al juzgar acciones de los demás lo único que está claro es que nos juzgamos a nosotros mismos, según los valores de nuestra mente y la medida de nuestro propio corazón.

54. RAZONES, OPINIONES, EMOCIONES

Para una formación completa de la propia personalidad creo que debiéramos pensar, sentir y vivir con todo el ser, es decir, con todo el alma, vida y corazón. O lo que es lo mismo, poner en equilibrio, como hoy se dice, razones, opiniones y emociones.

Tengo la vaga impresión de que con demasiada frecuencia hablamos de todo, sin dar razones de casi nada. Lo nuestro no pasa de meras opiniones. Lo nuestro es deleitarnos en el ejercicio de la palabra en todo tiempo y lugar. En nuestras reuniones, congresos y asambleas abunda la verborrea. A veces da la impresión de que es lo más semejante a una charca de ranas, en la que cada cual se esfuerza en sacar la cabeza fuera del agua, y no para no ahogarse, sino para que se aprecie su existencia y valía.

No todo en la vida es razón, ni todo es opinión ni todo es emoción, sino los tres elementos debidamente integrados en la propia personalidad. Ni debiera darse predominio de uno sobre otro de los tres factores indicados.

Las culturas mediterráneas, por su origen en la Grecia clásica, propenden a cultivar la razón, sobre la voluntad y la afectividad. Son culturas predominantemente cerebrales. El pueblo hebreo, por indicar tan sólo un pueblo, toma la

personalidad en el concepto de unidad. Es más cordial. Considera al hombre en su totalidad, como persona humana. Por ello puede decir que “el mundo no va bien porque nadie piensa en su corazón”. (*Jer. 12, 11*). Más aún, Pablo escribe a los efesios: “ Dios... os ilumine los ojos del corazón” (*Ef. 1, 18*).

Hoy en día, se presta una mayor atención a la formación del corazón, pero pienso que tampoco pasa de mera información e ilustración. El ejercicio de la voluntad apenas aparece. Se ahonda en la formación del niño en libertad, en el respeto a su personalidad, en no traumatizarle, en eliminarle todo posible sufrimiento o dolor.

Decía Ortega y Gasset: “El hombre no vive sólo de ideas. Necesita creencias, que impregnen el ser entero, la afectividad, la inteligencia y la voluntad”. Es decir, que el hombre necesita pensar, sentir, y vivir con alma, vida y corazón; formar, no únicamente su mente, sino también su corazón, formar su voluntad y moderar sus sentimientos.

55. LA MOTA EN EL OJO

Pregunta san Lucas: “¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo?”
(Lc 6,41).

Decía Ortega y Gasset que los jóvenes generalmente sufren de mal de presbicia, es decir, que aprecian los ideales a lo lejos y no ven la realidad de lo cercano. Yo creo que este mal de presbicia lo sufrimos un poco todos y a todas las edades. Vemos el leve defecto del hermano, el que nos apresuramos a corregir, y no caemos en la cuenta de los defectos propios, tal vez mucho mayores y por supuesto mucho más cercanos.

Somos propensos a corregir inmediatamente. Olvidamos que así se corre el riesgo de matar el trigo por cortar la cizaña. Olvidamos con frecuencia que Dios es paciente porque es eterno y es misericordioso porque es omnipotente.

Por otra parte, a menudo nos pasamos en el oficio de correctores. Por lo demás he podido constatar, lo que suele suceder frecuentemente, que la persona más ignorante y más abstrusa es la más propensa a pontificar más. El superficial en todo suele ser especialista en nada.

Demasiadas afirmaciones, pues, de estos tales no pasan de ser meras opiniones nada más, por lo que si las convierten en juicio éste es más

que subjetivo. “No juzguéis y no seréis juzgados”, que dice el Señor (*Lc. 6,37*).

Por lo dicho creo que es muy conveniente no hablar a la ligera y no juzgar demasiado aprisa o únicamente por oídas o por apariencias. Que un vaso de agua se vierte con suma facilidad, pero luego es imposible recogerla.

Y, sobre todo, es muy conveniente y saludable recordar siempre la frase del apóstol Santiago: “Sed todos prontos para escuchar, lentos para hablar y lentos para la ira” (*St. 1,19*). Y yo añadiría y lentos para juzgar.

56. NO ES JUSTO

No es justo –decían los primeros trabajadores de la viña– que a éstos últimos, que han trabajado sólo una hora, les trates igual que a nosotros que hemos aguantado el peso del día y el bochorno (Cf Mt 20, 1-16).

– “¿Cómo que no es justo? ¿No nos ajustamos en un denario? Pues toma lo tuyo y vete. Si quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad de hacer lo que quiera?”

Y es que el hombre, por humano, clama justicia, mientras Dios concede piedad y misericordia. El hombre juzga al modo humano, según la virtud moral de la justicia, mientras que la manera de hacer justicia en el Señor es la piedad y misericordia.

Es curioso observar que todas las naciones ostentan suntuosos palacios de justicia. Incluso todos los pueblos y ciudades tienen jueces. He podido contemplar repetidas veces el palacio de justicia de Roma, al que los italianos denominan *el palasacho* por su grandeza. También aseguran que dicho palacio es la mayor injusticia de cuantas abundan en Roma.

Sin embargo, caro lector, no encontrarás en Roma, ni en ninguna otra ciudad un palacio de la misericordia. A lo más hallarás una hu-

milde casa de la misericordia, y creada indudablemente por alguien que tenía fe.

Bien puede decir el Señor por el profeta Isaías: “Mis planes no son vuestros planes. Mis caminos no son vuestros caminos. Como el cielo es más alto que la tierra, mis caminos son más altos que los vuestros” (*Is. 55, 9*).

Y es que, los caminos del hombre son caminos humanos, de la tierra, mientras que los Dios son divinos e invitan a superar la virtud moral de la justicia mediante la virtud teologal de la piedad y misericordia.

57. MARCA DE LA CASA

San Pablo, tanto en la Carta a los Romanos como en su Carta a los Gálatas, trata ampliamente el problema de la circuncisión. Tal es así que, hacia el final de su Carta a los Gálatas, y ya cansado de tanto discutir, concluye: “En Cristo Jesús da lo mismo estar circuncidado o no estarlo; lo único que cuenta es una fe activa en la práctica del amor” (*Gal 5,6*).

La cuestión se debió de suscitar con Abraham, a quien tenemos por padre tanto judíos como mahometanos y católicos. Seguramente que a Abraham -si bien esto no se puede probar hoy científicamente- se le ocurrió poner el sello o marca de la casa a todas sus posesiones, incluidos ganados y familia.

De Sara su mujer, la libre, tuvo un hijo, Isaac, patriarca del pueblo elegido de Israel y, como posesión del patriarca, los varones fueron sellados y marcados con la circuncisión. Y da así comienzo la genealogía por vía masculina. También tuvo otro hijo con Agar, la esclava, Ismael con quien comienza la saga de los agarenos, mahometanos o árabes. Y la marca, o sello de la casa, se colocó en la mujer, lo que en algunos países se viene colocando hasta el día de hoy. Y da así comienzo a la genealogía o saga femenina.

La marca o sello, sfragis, se hacía a sangre y fuego, pues por esencia debería ser indeleble, imborrable, como lo es hoy en las familias ganaderas de toros, caballos y tantas otras marcas o distintivos de fábrica.

Lo que no pasó de ser sino un sello o marca de la casa pasó a ser un sello en las personas, por más que fuera invisible, pero no imborrable, y que todavía perdura en algunos países árabes, como digo, hasta el día de hoy.

58. MANTENELLA E NO EMENDALLA

En cierta ocasión escribí que solemos llegar a la edad propecta, como los coches viejos, con el freno de mano y la marcha atrás deteriorados.

Gozamos de experiencia, como personas mayores, pero nos falla el freno de mano por lo que propendemos enseguida a opinar y juzgar de todo y sobre todo, apenas se nos presente la ocasión de hablar. Nos comportamos como Santiago y Juan con quienes no recibieron a Jesús en un poblado samaritano porque iban camino de Jerusalén. “Señor, ¿quieres que baje fuego del cielo y los consuman?” (*Lc 9, 54*).

O también como los jornaleros de la parábola del trigo y la cizaña: “¿Señor, ¿quieres que vayamos y cortemos la cizaña?” En ambos casos el Señor, que es paciente porque es eterno y es misericordioso porque es omnipotente, les replica: “No, no sea que, al querer arrancar la cizaña, arranquéis con ella el trigo. Dejad que ambos crezcan hasta la siega” (*Cf Mt 13, 24-30*).

El hombre, impaciente porque es humano y limitado, enseguida se apresura a cortar el mal. El Señor le dirá: “No, déjalos que maduren”.

Por otra parte, en la edad propecta, también es frecuente que el hombre se enroque en el

mantenella e no emendalla”, del padre de doña Jimena en *Las Mocedades del Cid*, de Guillén de Castro. O como Benedicto XIII en Peñíscola. Vamos, que se mantiene testarudo en sus trece, así se halle ante un caso de una evidencia meridiana.

¡Qué se le va a hacer! El hombre es humano. Y, porque humano como es, nada humano le es ajeno, que escribió ya Terencio. Y el *mantenella e no emendalla*, y saltar a dar razón de todo, parece un viejo vicio muy humano, especialmente en los últimos recodos del camino de la vida.

59. EL PERDÓN

Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿hasta siete veces?”, pregunta Pedro a Jesús. Y éste le contesta:

– “No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete” (*Mt 18, 21*).

Y posiblemente más veces, pues Sancho le dice a D. Quijote, “que cada uno es como Dios le hizo, y aún peor muchas veces” (*II^a parte, c. IV*).

Y es que del hecho de perdonar todos tenemos conciencia de que hay que perdonar siempre, como siempre nos perdona el Señor, siempre que con humildad y confianza se lo pidamos.

Pero, lo cierto es que más que poner el acento en el perdón, del que todos estamos de acuerdo, creo yo que debiera ponerse mayormente en el pecado. Pues todo pecado supone una herida mayor o menor, pero siempre herida, en el cuerpo o en el espíritu y a veces en los dos.

Por lo que si cada herida deja su correspondiente cicatriz debiéramos obrar siempre de tal manera que nadie tuviera ocasión de pedirnos perdón, y aún menos de pedirle nosotros.

Por otra parte, quien pide perdón muchas veces indica al mismo tiempo que muchas veces también ha metido las patas. Y todavía más, que se pide perdón por nimiedades, olvidando con frecuencia las heridas mayores. Esto es

lo que había que practicar, pero sin descuidar aquello (*Mt 23, 23*), como frecuentemente aconseja el Señor.

Perdón sí, pero sin olvidar recabar el perdón de parte de Dios y de los hermanos. Por lo demás el mismo ejercicio de la culpa, tradicional forma de pedir perdón en órdenes y congregaciones religiosas, caído en desuso, es una muestra evidente de lo difícil que resulta de pedir perdón por aquello que necesita ser perdonado.

60. DESDE ABAJO

En la tercera filípica decía Demóstenes a los atenienses: “Esta es nuestra grandeza, atenienses, que no podemos caer ya más bajo”. Lo bueno no es que lo dijera ya Demóstenes. Lo bueno es que expresaba una gran verdad.

Para poder subir, es preciso partir de abajo. Pues quien disfruta de las cumbres no puede subir ya más. Al comienzo de mi ministerio apostólico más de un hermano mío me decía: “No tenemos nada”, a lo que yo respondía: “Si no tenemos nada, hagamos algo y tendremos algo”.

En mis años de escolar me decía también mi buena madre, luego de servirme un buen desayuno para ir a la escuela: “Almuerza bien, hijo, qué caray, que las cosas hay que hacerlas bien desde principio”. ¡Y qué razón tenía!

Estas nociones me han permitido el más amplio campo posible para hacer bien las cosas desde los comienzos comenzándolas desde abajo, desde los cimientos. Una obra grande siempre se debe emprender bien desde los comienzos, desde los cimientos. Que la solidez de un buen edificio nunca lo da la bandera que lo corona, sino los cimientos que le otorgan solidez y firmeza.

La felicidad consiste en hacer bien las cosas, coronar los trabajos. Y el subir, el crear, siempre proporciona días de felicidad. Pues la felicidad consiste más en ir haciendo lo que uno desea que en gozarse en la producción ya finalizada. La felicidad se encuentra preferentemente durante el recorrido.

He podido apreciar los cambios de personal que se suelen producir merced a los capítulos monásticos. Generalmente cada hermano aspira a lo que él considera lo mejor para él. Siempre he creído que es un profundo error. Considero mucho más interesante y mejor empezar una obra nueva desde la base y con los compañeros que la obediencia te dé. No con una fraternidad perfecta, en una casa acabada y con una misión bien definida.

La felicidad radica, más que en la obra bien acabada, en el camino seguido desde principio, con decisión y tenacidad, para coronarla en plenitud.

61. PROSOPOPEYA

Escribe Cervantes que don Quijote “solía responder con mucha gravedad y prosopopeya” (IIª LII). E igualmente que, cuando tenía que presentarse ante el duque y la duquesa que esperándole estaban en la antesala, lo hacía “con gran prosopopeya y contoneo” (IIª, XLVI).

Por lo demás el mismo consejo da don Quijote a Sancho Panza para regirse como gobernador de la ínsula Barataria: “Anda despacio; habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo, pues toda afectación es mala” (IIª, XLIII). Seguramente que su escudero Sancho le replicaría, como en otras muchas ocasiones, con uno de tantos proverbios como salieron de su boca: “Consejos vendo que para mí no tengo”.

Sea como fuere, lo cierto es que toda persona humana, por naturaleza, es propensa a la prosopopeya y al contoneo, es decir, a presentarse con afectación, excesivo empaque y solemnidad, que eso es la prosopopeya.

También se lee en el Quijote que “cada uno es como Dios le hizo y aún peor muchas veces” (IIª IV). Y al hombre, por limitado, le hizo un tanto presuntuoso y no exento de cierto engolamiento y empaque.

Por lo demás ya el libro del Eclesiástico, también conocido como el “Libro de ven Sirac”, aconseja “que toda arrogancia resulta odiosa a Dios y a los hombres” (Ecco. 10, 7).

Ya en otra ocasión, así mismo, escribí que el mundo me parece una charca de ranas en la que cada una puja por asomar la cabeza, y no precisamente para no ahogarse, sino para ostentar donosura y algo de qué presumir.

Y es que, así es la naturaleza humana de la que Dios nos hizo. Hemos sido creados con un cierto toque de coquetería y mucha prosopeya.

62. Antes de juzgar ¡PIENSA!

Antes de juzgar ¡PIENSA!”, es un librito escrito por Salvo Noé (el Papa Francisco le ha prologado alguno de sus libros). Se trata de un librito delicioso que presenta siete pasos para liberarse de los juicios tóxicos y generar positividad.

En su carta Santiago aconseja: que, “todo hombre debe ser pronto para escuchar, pero tarde para hablar y tarde para airarse” (St. 1, 19). Y, sin embargo, seguramente sabía por experiencia que el hombre, más bien, suele ser pronto para escuchar, sí. Pero también pronto para hablar y pronto para airarse.

De todos modos, “antes de juzgar ¡PIENSA!” enseña que sería una buena razón para no precipitarse en los juicios, pues demasiadas veces juzgamos por universales, sin conocer ni las razones ni la situación anímica del que es juzgado. Y por supuesto, nos suele faltar serenidad para hacer un juicio justo, que siempre debiera ser un juicio positivo, como juzga el Señor en quien la justicia se vuelve misericordia amorosa.

No merece la pena perturbar el silencio si no se dice algo verdadero, que no dañe a alguien concreto, y que sea útil. Es un pensamiento atribuido a Buda.

Por lo demás, si *conócete a ti mismo* (Tales de

Mileto) es lo más difícil, por consiguiente: ¿Con qué autoridad puedo yo juzgar a los demás? “¿Quién soy yo para juzgar a los demás?”, se pregunta el Papa Francisco. “¿Quién eres tú para juzgar a tu prójimo?” (St. 4, 12), escribe el apóstol Santiago. De todos modos, si fuere preciso emitir un juicio se debiera hacer siempre en un clima de serenidad interior, sin rencor y sin ira.

De todos modos, para librarnos de emitir juicios tóxicos bueno sería carecer de retrovisor, es decir, de mirar hacia atrás para observar lo que el otro, el hermano, hace, dice, piensa, cómo actúa o cuál es su comportamiento.

Por lo demás, nuestros juicios no suelen pasar de meras opiniones sobre hechos, sobre universales. En todo caso sería bueno tener presente que el juicio, lo mismo que las críticas, se curan con amor.

63. PARA GLORIA DE DIOS

Al padre Luis Amigó “le entusiasmaba todo lo que fuera para gloria de Dios. Él no podía estar quieto en este aspecto. La gloria de Dios en sus trabajos era la aspiración de su vida”, afirma el padre Melchor de Benisa (*Sum. pág 8 ad 65. 113*) en el proceso diocesano. De tal modo que éste parece ser el *leit motiv* de toda su vida.

Da comienzo a los *Apuntes sobre mi vida*, su autobiografía, diciendo: “Para mayor gloria, pues, de Dios, confusión y humillación de mi alma...” (*L. Amigó, OC 1*). Y, luego durante su larga vida escribirá a sus diocesanos:

– “Todo lo que somos, podemos y valemos, lo hemos de poner, amados hijos, al servicio del Señor de quien lo hemos recibido y a cuya gloria se ordena” (*L. Amigó, OC 518*).

A sus religiosas de Colombia en el lejano 1923 les escribía:

– “Deseo que seáis muy santas para gloria de Dios, honor de nuestra Congregación y salvación de muchas almas que el Señor pondrá bajo vuestra dirección y custodia” (*L. Amigó, OC 1815*).

Y se entusiasmaba de igual modo con sus religiosos de Italia, en la primavera de 1931, a quienes escribía:

– “Me alegro sobre manera del creciente progreso de esa familia seráfica, plantel hermoso que dará, sin duda, mucha gloria a Dios en Italia y honra a nuestra Madre Congregación” (*L. Amigó, OC 1892*).

Y, ya en el último tramo de su vida, escribía a sus religiosos y religiosas en su carta testamento:

– “El Señor, amados hijos e hijas, os tiene ya trazado, en la Regla y Constituciones de vuestra Congregación, el camino que debéis seguir para su glorificación, salvación de muchas almas y santificación de la vuestra” (*L. Amigó, OC 1835*).

Toda su laboriosa vida, pues, gastada para mayor gloria a Dios, mote tan querido para San Ignacio de Loyola, y también para el Venerable Luis Amigó.

64. LA VERDAD

Todo cuanto sucede tiene una explicación lógica y natural. Lo único que sucede es que, para su explicación lógica y natural, se precisa colocar el punto de mira sobre el hecho a juzgar en cuanto al tiempo, lugar, sujeto que enjuicia y demás circunstancias.

Frecuentemente erramos el juicio porque enjuicamos el ayer con criterios del presente, lo que carece de la lógica más elemental. Por otra parte, el concepto de verdad no se ha precisado hasta bien entrado el siglo XVII con René Descartes (1596-1650). Hasta su venida generalmente se pensaba que el bien, la belleza y la verdad formaban un todo único. Y lo bueno era bello y verdadero. De tal manera que bastaba que un acto, o un hecho cualquiera, se considerara bueno y sirviera para el bien, para que se le considerara como verdad, tuviera conexión con la realidad histórica o no lo tuviera. El fin justificaba los medios.

El siglo XIV es el siglo de los grandes taumaturgos, pero también es el siglo de la gran peste negra. Las gentes se pegaban como lapas a cualquier devoción u objeto que considerara que tuviera conexión con la realidad histórica o no lo tuviera o se creyera mostrar que poseía virtudes curativas. Con las reliquias de San Alberto

de Trápani, taumaturgo, se bendecía el llamado *Agua de San Alberto*, que se repartió por toda Europa. Se le consideraba un remedio contra la epidemia de la peste negra. Seguramente era un último agarradero para tratar de conservar la vida. El hecho, y .con esta perspectiva, tiene una explicación lógica y natural.

Por otro lado, no puedo pensar, ni siquiera imaginar, cómo juzgaría una mentalidad del siglo XIV, si se le diera la posibilidad de hacerlo, la vida actual de nuestro siglo XXI: las comunicaciones, los transportes, la movilidad, el viaje a la luna... Lo juzgaría, a no dudarlo, como un milagro continuo y evidente.

Es un hecho que, desde los comienzos de la historia humana hasta nuestros días, los hechos milagrosos van disminuyendo progresivamente y se van opacando, al mismo tiempo que se va opacando la imagen misma de Dios. Al hecho han contribuido extraordinariamente el concepto de verdad y el desarrollo técnico científico. El concepto de verdad y la perspectiva histórica de los hechos han cambiado notablemente.

65. ACCIÓN DE GRACIAS

En la acción de gracias al Señor y a la entera creación no debiéramos de ser tacaños, que por los elogios ni se pagan tributos ni se cobran impuestos. Empleemos superlativos, que debe de ser ésta la única *clase super* en hoy en uso por la que no se pagan tasas. Seamos amplios en sonrisas, que tampoco pagan impuestos.

Como Francisco de Asís debiéramos ser amplios en el elogio, tanto a Dios cuanto a las criaturas. El pobre Francisco daba gracias al Señor por los hombres y los astros, por las criaturas y las plantas, por la naturaleza y por la creación entera.

Daba gracias por el sol, la luna, el viento, el fuego y las estrellas y por la hermana madre tierra. Por el sol porque es bello, radiante y luce con gran esplendor. Y por la hermana madre tierra porque produce bellas flores y hierbas.

¡Ah! tan amante era de la creación que prescribió que en el huerto de los conventos el hermano hortelano reservase junto a las tapias un pedazo de tierra para plantar flores, para que quienes las viesan florecer diesen gloria al que es llamado Flor del Campo y Lirio de los Valles (FF. 1600 y 1818).

San Francisco era pobre, muy pobre, en bienes materiales pero era pródigo en elogios a Dios y a la creación entera. Era exuberante en elogios, acciones de gracias y laudes a la creación. Seguramente tenía muy claro que las acciones de gracias no pagan tasas ni de ellas se cobran impuestos.

Francisco de Asís tenía un corazón amplio para agradecer, compadecer y amar a Dios y a la entera creación, la obra maestra de su Señor.

66. Y TÚ, ¿QUIÉN ERES?

Ybien, ¿cuál es la religión de este señor Unamuno? Preguntó un amigo chileno a otro. A lo que responde directamente el gran filósofo en otra ocasión: “Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad. Mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio”.

Y cuando Amasías, sacerdote de Bétel, le pregunta al profeta Amós: “Vidente, ¿eres profeta? Responde Amós: “Yo no soy profeta, sino pastor y cultivador de higos”.

Si a mí me preguntasen: ¿Cuál es tu religión? ¿Tú quién eres? ¿En qué te ocupas? Yo respondería: “Soy un pequeño cultivador de filosofía moral.

De mis pobres padres, en los años de mi niñez, aprendí lo esencial: La honradez, el trabajo bien hecho, la constancia, y un estilo de vida pobre, silencioso y reflexivo. Posteriormente, en los años de mi estudio en el Angelicum de Roma, sobre esta primera base ahondé en los valores de la libertad, la solidaridad, la dignidad humana, la justicia y la igualdad, que vinieron a completar y adornar los valores aprendidos en mi propia familia.

Posteriormente he podido completar mi formación con los valores franciscanos y amigonia-

nos de la sencillez, la fraternidad, la minoridad, el desapropio y demás virtudes cultivadas en la familia religiosa.

Mi vida y mi persona, pues, desarrollada siempre entre libros y papeles, se encuentra recogida mayormente en mis libros: *Leyendas y Consejas* y en *Chispitas Filosóficas*.

67. SINODALIDAD

Hay palabras que en determinadas épocas hacen o han hecho historia. Una de ellas es el término sinodalidad, hoy tan en boga en ambientes eclesiásticos. Sin embargo, el término resulta casi tan antiguo como el constipado.

El vocablo proviene de dos términos griegos: sin = con y odos = camino, es decir caminar con o caminar juntos. Término que ya en el primer concilio ecuménico de Jerusalén, y ambientes eclesiásticos, cuajó (He 15) en términos de reunión o asamblea litúrgica y aún de la misma Iglesia.

La idea de caminar juntos o de comunión es connatural a la vida religiosa. Tanto es así que cuando el caminar juntos se ha hecho difícil por las circunstancias históricas ha sido siempre la vida religiosa la que se ha prestado a caminar y acoger a los más necesitados.

En la peste negra de 1346 -1348, en que la ciudad de Milán, de 250.000 habitantes quedó reducida a 64.000, los capuchinos se prestaron a proporcionar sus servicios en el lazareto, que llegó a albergar unos cinco mil apestados. Recibieron el mayor elogio de parte de Alexandro Manzoni, en Los Novios, jamás tributado a orden religiosa alguna.

En la peste de 1885 en España, en la que de la misma murió una cuarta parte de la ciudad de Alzira, y en la que todas las defunciones en Massamagrell fueron a causa de la epidemia de peste, “en esta epidemia colérica -escribe Luis Amigó- prestaron ya mis religiosas terciarias muy buenos servicios a los coléricos...en efecto, pasada ya la epidemia, se vio que quedaban muchos niños sin amparo por haber muerto sus padres y, movido yo a compasión, pensé en que podríamos recogerlos...abrimos así el Asilo en día 9 del mes de agosto del mismo año 1885” (L. Amigó, OC 84. 86).

Sinodalidad es, así mismo, por parte de Luis Amigó, el envío en 1905 a la Goajira colombiana a sus religiosas a misionar entre los aguerridos indios goajiros, aruhacos y motilones; o la expedición en 1929 de sus hijas terciarias capuchinas al Kansu Oriental, en China.

Por lo demás, el concepto de sinodalidad no creo sea más exigente que una vida franciscana en fraternidad y minoridad.

68. RABINDRANAZ TAGORE

La figura de Rabindranaz Tagore siempre me ha cautivado y siempre me ha resultado simpática por la frescura de su inspiración, por su fina sensibilidad, por su serenidad reflexiva y, sobre todo, por una ternura casi infinita.

Desde el primer momento se tiene la impresión de que Tagore escribe con un corazón de niño, con una imaginación plena, que se agarra al sentimiento más interior y profundo del alma del lector. Gran conocedor, desde niño, de la Biblia escribe con una paz eterna y también con una dulzura casi infinita.

Es delicioso el segundo poemita de La Luna Nueva: “En las playas de todo el mundo se reúnen los niños. El cielo infinito se encalma sobre sus cabezas; el agua impaciente se alborota. En las playas de todos los mundos los niños se reúnen, gritando y bailando”.

Y cuando se recoge en la escuelita de Santiniketan, fundada por su padre, con olor a heno recién cortado, en la umbría de la naturaleza y de su escuela, su morada de paz, da comienzo con este poema a su Ofrenda Lírica o Gitánjali:

– “Fue tu voluntad hacerme infinito. Este frágil vaso mío tú lo derramas una y otra vez, y lo vuelves a llenar con tu nueva vida. Tú has lle-

vado por valles y colinas esta flautilla de caña, y has silbado en ella melodías eternamente nuevas”.

Y es que toda su vida resulta un poema transparente, bellissimo, ya lo escriba al borde del camino, en la ribera del lago redondo de cielo, o al pie de la montaña sagrada del Himalaya. Peregrino infatigable, en una de sus correrías por Europa dijo: “Si vosotros, cristianos, vivieseis como Cristo, la India entera estaría a vuestros pies... Maestro Jesús, no hay lugar para Ti en Europa. Vente con nosotros”.

Hombre sumamente culto, políglota, viajero infatigable, no podía olvidarse del paso por el último recodo del camino de la vida. Seguramente que para este caso escribió ya el poema 34 de su Ofrenda Lírica:

– “Que sólo quede de mí, Señor, aquel poquito con que pueda llamarte mi todo. Que sólo quede de mi voluntad aquel poquito con que pueda sentirte en todas partes, volver a Ti en cada cosa, ofrecerte mi amor en cada instante”.

69. JUNO BIFRONTE

En la mitología latina la diosa Jano o Juno, en latín *Ianus*, corresponde a la diosa griega Hera y se le suele denominar *Jano Bifronte* por cuanto tenía dos caras, una mirando al pasado y la otra mirando al futuro. Era la diosa de las puertas.

En la ciudad de Roma, todavía hasta el día de hoy, el *Foro Boario* (así llamado por el griterío que armaban en la compraventa de ganado) se conserva, sobre el dintel del airoso arco romano, el busto de *Jano Bifronte*. Es la puerta de entrada y salida de los mercaderes. De dicha diosa toma nombre la puerta, en latín *ianua*. En la letería lauretana se aclama a la Santísima Virgen como *ianua coeli*.

Y es que en sus movimientos toda puerta permite tanto la entrada como la salida. Cierra el pasado y abre al futuro. En este sentido recibe el nombre latino de *ianuarius*, el mes de enero, que cierra el año ya concluido y abre a un nuevo año.

De hecho, así lo reconoce la liturgia del 31 de diciembre que inicia con las palabras de la segunda carta de san Juan: “Hijos míos, es la última hora” y, luego de dar entrada al Anticristo, incluye el párrafo: “por lo cual nos damos cuenta de que es ya la última hora” (1ª Jn. 2,18).

Con lo que san Juan da por concluido el año viejo y da la bienvenida al año nuevo con el comienzo de su evangelio ya desde los principios eternos: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios” (Jn. 1,1). Se remonta a la eternidad para dar comienzo la vida del Hijo de Dios hecho hombre, que ha puesto su tienda entre nosotros.

La diosa *Jano Bifronte* o *Juno* era la diosa de las puertas y, por supuesto, también de los puertos. Y los comerciantes ya de entrada al foro tenían buena cuenta de aclamarse a la diosa para obtener una buena compraventa de sus mercancías, ya que en los foros se trataba tanto de bienes materiales como espirituales.

70. LOS JUBILEOS

Las principales fiestas de la iglesia católica fueron tomadas del calendario hebreo, que nació en un ambiente agrícola y pastoril. Cada 50 años el pueblo judío celebraba su jubileo mayor. Consistía en un año de fiesta, en que la tierra quedaba baldía y volvía a su primitivo dueño.

El pueblo hebreo, además, tenía los jubileos anuales con ocasión de la recogida de los primeros frutos del ganado y del campo; y de los últimos frutos de las cosechas. La iglesia católica, con el Papa Bonifacio VIII en 1300, inicia así mismo el curso de los famosos jubileos.

La palabra jubileo proviene, no del término latino *jubilaeum*, sino del hebraico que designaba el cuerno del carnero o del toro con el que se llamaba a fiesta sonándolo por las calles de la aldea o del pueblo. Yo todavía he visto sonar el cuerno por las calles para que los lugareños soltaran el ganado a la plaza del pueblo. donde el pastor recogía el ganado para sacarlo a pastar.

La iglesia todavía ha recogido los jubileos anuales en las llamadas tómporas de primavera y de otoño, en que llama a agradecer al Señor por la recogida de los primeros frutos tempranos y los tardíos. Las cruces de mayo y de septiem-

bre nacieron como jubileos de acción de gracias para agradecer la recogida de los primeros frutos de la tierra y la recogida de los últimos frutos agrícolas.

En tales t mporas de primavera y del otoño se tenían así mismo ordinariamente las ordenaciones sacerdotales. Se acomodaban estos jubileos a la recogida de los frutos sacerdotales.

Las t mporas de otoño, todavía hoy en día, vienen distribuidas en tres días: el primero para dar gracias al Señor por los frutos del año. El segundo para pedir perdón por las faltas u omisiones cometidas; y el tercero para pedir las bendiciones del Señor. En un ambiente agrícola y ganadero, la petición de primeras lluvias del nuevo año agrícola para realizar la sementera.

71. LA FINALIDAD

En tus acciones, hermano, ten siempre presente el fin o la finalidad. En el pueblo castellano, aquel en que todavía quedaban rescoldos de antiguos latines, el párroco en sus homilias dominicales todavía solía hacer gala del idioma de Virgilio adobando con inusitada frecuencia sus homilias con el *respice finem*, es decir, hagas lo que hagas ten siempre presente el fin, la finalidad, el para qué.

Dicho pueblo castellano, que un día no lejano fue villa, pasó luego poco a poco a pueblo y, finalmente, a una insignificante pedanía hoy ronda la docena de habitantes no más, como ocurre con tantos otros pueblos de la deshabitada llanura castellana. En dicho pueblo a la trasera de la iglesia parroquial disfrutaban de un pequeño edificio en cuyo segundo piso tenían instalada la escuelita y dos habitaciones más que funcionaban como casa consistorial o ayuntamiento. Y en plano terreno, bajo la escuelita, habían alzado un potro para el herraje de bueyes y caballerías de labranza.

Ni qué decir tiene que era un lugar frecuentemente usado por los labriegos para dicho fin. Pero, andando el tiempo, la agricultura pasó a ser mecanizada, con lo que desaparecieron las caballerías y dicho lugar ya no tenía razón de

ser. Y la escuelita y la casa consistorial pues tampoco por lo que en su lugar levantaron un precioso parque infantil. No cayeron en la cuenta de que lo que un día fue villa, luego pasó a ser pueblo y ahora era una aldea mortecina e insignificante pedanía en que no quedaban ya chiquillos.

Pero, en fin, para algo valdrá el parque infantil, y lo convirtieron finalmente en un bolero. Pero resulta que tampoco cayeron en cuenta de que no había ya ancianos en el pueblo para poder jugar con el señor cura a las bochas, pues que ya hizo años que no había cura en la aldea. Pues niños no nacían y ancianos ya no quedaban, pues el pueblo carecía de tales personas.

Y el último cura párroco ya se había muerto, por lo que ya no se escuchaba en la iglesia, en la misa de las diez de los domingos, el conocido párrafo latino: En todo mirad al fin, *respice finem*. ¡Cuántas veces y cuantos trabajos realizamos con miras al futuro, por sí...!; por si acaso sirven algún día que, naturalmente, nunca llega en que nuestros sudores puedan servir para algo. Pues nunca llega el día, y si llega, ya no tienen utilidad alguna, como en dichos pueblos o aldeas mortecinas o insignificantes pedanías de la Castilla vacía o deshabitada.

72. FIDELIDAD

El salmo 88 es todo un canto a la misericordia y fidelidad de Dios. “Cantaré eternamente las misericordias del Señor, anunciaré tu fidelidad por todas las edades”, canta el salmista. Y es que la historia de Israel, al igual que el salmo 88, es todo un canto a la fidelidad de Dios en las diversas alianzas hechas con su pueblo.

En el discurso inaugural del apostolado de Pablo en Antioquia de Pisidia, el de Pedro en Pentecostés o el de Esteban en su martirio, todos coinciden en presentar la historia de Israel hasta empalmar con la figura de Cristo. Y el nervio que conduce dicha historia de Israel es siempre la misericordia y fidelidad de Dios para con su pueblo.

Dios es fiel porque es eterno y es misericordioso porque es omnipotente. El hombre, en cambio, no puede decir lo mismo, porque es humano, limitado, inconstante e inconsistente. Los contratos más sagrados los quebranta por un quítame allá esas esas pajas. No otra explicación se puede aportar para explicar la infidelidad humana hasta en los contratos más sacrosantos, véase el del matrimonio o el de la vida consagrada.

La falta de fe, o el deterioro de la misma, conduce a la falta de fidelidad y de perseverancia y

concluye en una falta total del honor para mantener la fe y fidelidad otorgada en los contratos. Tanto ha decaído ya la fidelidad que ha dañado ya a la verdad; tal es así que ya no se puede distinguir lo que es verdad de lo que es mentira.

Yo, por mi parte, espero y deseo seguir siendo fiel en todos mis contratos, por el humano sentido del honor a la palabra dada y, sobre todo, por fidelidad a la palabra del Señor de quien dice el salmista: “Tu misericordia es un edificio eterno, más que el cielo has afianzado tu fidelidad”.

73. EL JUICIO

Se pregunta Sócrates, en *La República* de Platón, “¿Qué cualidades se requieren para juzgar bien?” Y el mismo Sócrates, a renglón seguido, se responde con otra pregunta “¿No serán tal vez la experiencia, la inteligencia y el razonamiento?” (*La República. Libro IX*).

Evidentemente esta era la respuesta lógica y natural desde un punto de vista filosófico, es decir, desde el punto de vista de la razón y conocimiento de entonces. De todos modos, y desde un punto de vista del corazón, las cualidades para un buen juicio pudieran más bien ser: la bondad, el respeto, la amabilidad y la comprensión.

En todo caso, y ya desde un punto de vista de las razones del corazón y de todo el ser, es decir, desde el punto de vista bíblico, la primera cualidad para un buen juicio deberá ser, sin duda alguna, el amor. “A nadie debáis nada, sino amor, porque quien ama ha cumplido la Ley”, escribe san Pablo a los romanos (Rom13,8). Y a los gálatas: “El amor es el cumplimiento de la Ley y los Profetas” (*C: Gal 5, 14*).

Para juzgar bien, no sólo se requiere inteligencia y razonamiento, sino también un espíritu tranquilo y sosegado, clemente y bondadoso, caritativo y misericordioso, al estilo del Señor en

quien la justicia se traduce en misericordia. El bien juzgar deberá brotar de un espíritu ecuánime, bondadoso y bueno.

A más de estas cualidades para juzgar rectamente se requiere apertura de miras, armonía de espíritu y momentos de silencio meditativo. No puede juzgar bien un espíritu atolondrado y caprichoso. Ni se puede juzgar por sólo impresiones. Y el juicio siempre deberá ser iluminado por la única ley universal: la ley del amor.

EPÍLOGO

La palabra *epílogo* proviene del filósofo griego Aristóteles y significa *conclusión*, tanto sea de un discurso literario, cuanto de una obra de arte. Es una recapitulación, síntesis o resumen de una obra. En el epílogo cabe precisar la finalidad de la obra, la intención del autor al programarla, para quienes la escribe, los puntos sobresalientes de la misma, así como también la valoración de la obra.

En una de las últimas *Chispitas Filosóficas* se preguntaba el autor Y tú ¿quién eres? ¿en qué te ocupas? y se respondía: Soy un pequeño cultivador de filosofía moral.

Pues esa es la finalidad de estas *Chispitas Filosóficas* ayudar al autor en la diaria meditación de los más variados temas filosóficos y morales hallados en la Biblia, en la filosofía griega clásica, en el cristianismo, en la familia franciscano amigoniana, y en los hechos más vulgares de la vida cotidiana y diaria.

Por otra parte, he tenido muy en cuenta al escribir dichas *Chispitas Filosóficas* que contribuyesen a mi formación personal religiosa y moral. En todo caso he de confesar que me han ayudado mucho en mi reflexión cotidiana por lo que espero y deseo que así mismo contribuyan al crecimiento personal de los posibles lectores.

En el trascurso de la lectura de la obra el lector va a poder encontrar varios temas de la filosofía griega, especialmente comentado las frases de los siete sabios de Grecia colocadas en el frontispicio y paños del templo griego de Apolo en Delfos.

Y así mismo comento de diversas frases evangélicas. He introducido también algunos comentarios a personas de la vida pública en la iglesia católica y que han producido un fuerte impacto sobre mi persona.

En todo caso, estimado lector, te ofrezco este puñadito de *Chispitas Filosóficas* con el deseo y la esperanza de que te sean todas ellas formativas y agradables como lo han sido para mi persona.

Fr. Agripino G.

